



HISTORIA
RELIGIÓN y COSTUMBRES
DE LAS
Montañas del Porma
= y Curueño =
(LEON)
POR
DON DANIEL REYERO
Párroco de Lodaes





JT
COM

HISTORIA, RELIGIÓN Y COSTUMBRES
DE LAS
MONTAÑAS DEL PORMA Y CURUEÑO (León)

+ 1132156
C.

HISTORIA RELIGION Y COSTUMBRES

de las

INDIAS DEL NOROCCIDENTE Y SUR (1800)

HISTORIA
RELIGION Y COSTUMBRES
DE LAS
MONTAÑAS DEL PORMA Y CURUEÑO
(LEON)

POR
DON DANIEL REYERO
PÁRROCO DE LODARES



CON CENSURA ECLESIASTICA

LEON:
Imp. y Lib. Religiosa de Jesús López
Zapatería, 1 y Revilla, 2

HISTORIA

RELIGION Y COSTUMBRES

DE LAS

MONTAÑAS DEL PORMA Y CUREÑO

(LEON)

POR

DON DANIEL REYERO

ABRADO DE LOGAR



CON CRISTIANO ESCALERA

EN

LA BIBLIOTECA DE DON DANIEL REYERO

EN LA BIBLIOTECA DE DON DANIEL REYERO

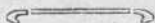
ADVERTENCIA

La Historia de España, según los modernos Cánones de la ciencia, está por escribir, y para obra tan gigantesca se precisa el esfuerzo de muchas personas sin que sea desdeñable ni aun la modesta labor del que solo puede aportar un grano de arena.

LÓPEZ PELÁEZ

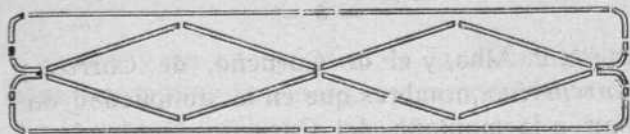
(Vida de San Froilán de Lugo)

ADVERTENCIA



Esta obra consta de artículos publicados ya casi todos durante los años de 1923, 24 y 25; la mayor parte, en La Crónica de León y el resto, en La Revista Eclesiástica y en el Diario de León, con el fin primordial de inspirar a los montañeses intenso cariño al propio terruño y una firme e inquebrantable adhesión a la verdadera religión y a las costumbres y tradiciones religiosas; cuya práctica engrandece y eleva al hombre, más que la vana ciencia, la falsa cultura y la abundancia de bienes materiales hasta tal punto que, imitando la vida y costumbres de nuestro Divino Redentor, se llega en breve al abandonar para siempre este mundo, a las remotas y altísimas regiones de la luz, de la inmortalidad y de la gloria.

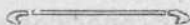
EL AUTOR



RESUMEN HISTÓRICO-GEOGRÁFICO

DE LAS

Montañas del Porma y Curueño



Descripción

Las montañas del Porma y Curueño se hallan situadas al norte de León en la cordillera pirenaica y comprenden: la del Porma, los pueblos de los ayuntamientos de Vegaquemada, Boñar, Vegamián, Lillo, Reyero y algunos de la Ercina, y la del Curueño, los de La Vecilla, Valdepiélagos, Valdeteja y Valdelugeros.

Etimología

El nombre del Porma se deriva de otro con que fué designado un municipio romano que existió más abajo de Vegas del Condado como

opina P. Alba, y el de Curueño, de *Corros* y *Curcúrrino*, nombres que en la antigüedad daban a la montaña del Curueño, en donde el indicado autor cree con bastantes visos de probabilidad que está el puerto denominado en la época romana, de *Veseo*, del que hace mención Plinio en los *Origenos*.

Montes y peñas

Los montes más conocidos en esta comarca, son *Pardomino*, antes *Paramello*, Pinar de Lillo, Tejedo de Valdeteja y el Valle de Valdecastillo; abundando en el primero y tercero el roble y el haya, y en el segundo y cuarto, el pino y el roble, respectivamente, aunque en la actualidad ya no están tan poblados como en tiempos todavía no muy remotos, siendo de lamentar su decadencia y menoscabo, lo mismo que la casi total desaparición de otros que tenían muchos pueblos, con frondosos árboles seculares a corta distancia de los mismos, por haber entrado a saco en ellos, unos con el hacha y el tronizador, y otros pegándoles fuego sin parar mientes en que privaban con semejante proceder a la montaña de tan productivo venero de riqueza forestal, que nos dejaron nuestros

mayores, y sin contar que de la extinción de tantos montes y bosques proviene con frecuencia la escasez de lluvias, puesto que como enseña la experiencia en armonía con la meteorología, una de las más eficaces causas o circunstancias que contribuyen al aumento de lluvias y, por consiguiente, al de riegos, es la conservación y desarrollo de los bosques por la inmensa superficie de evaporación que contienen.

Por lo cual sería de desear que se llevara a efecto en breve la construcción de pantanos, cuya ejecución beneficiaría a la montaña, porque ofrecería trabajo, como el de Campo Redondo, a gran número de montañeses y llevaría el bienestar a multitud de pueblos de Campos, aparte de que los pantanos son puntos muy atractivos de excursión, dado el gigantesco muro de contención que es preciso tengan y la circunstancia de ser como pequeños mares en medio de elevados y escarpados montes; cosas éstas, que causarían seductora admiración a todos aquellos que las contemplaran por primera vez.

Pero no sólo abundan los montes en esta comarca, sino también las rocas y peñas de caliza, entre las que se destacan la de *Susarón*, que dió nombre a la aplaudida novela de costumbres, debida a la pluma del ilustre leonés

D. José M.^a Goy, y las de las Hoces de Valdelugeros, que constituyen un abigarrado conjunto de bravíos riscos, a los que son aplicables las siguientes palabras de Valencina: «Vosotras, soberbias e imponentes moles, hendidas y separadas por cortaduras misteriosas, que os eleváis a las nubes en formas piramidales, figurando almenas de arábigas mezquitas o *minarettes* de catedrales góticas y aparecéis a mis ojos como templos de la naturaleza o palacios de la divinidad, levantando al cielo vuestra frente altiva, como queriendo desafiar a los siglos, ¿sois por ventura el mudo testimonio del poderío de Dios?»

Minas

Existen numerosos criaderos minerales, principalmente de carbón en Camposolillo, Veneros, Llamazares, La Matica y Aviados. También hay una de talco en Lillo en explotación, y no faltan indicios de hallarse ocultos en las entrañas de la tierra grandes yacimientos de cobre, cobalto, hierro y plata, alguno de los cuales fueron en otro tiempo explotados por los romanos, dice la tradición (1).

(1) En Valdecastillo está ahora en explotación otra de de sílice casi purísimo.

Termas

Brotan copiosos manantiales de aguas calientes, muy recomendadas para combatir el reumatismo en Valdecastillo, Boñar, San Adriano y Nocedo, todas de igual virtud curativa y medicinal, aunque otra cosa pretendan hacernos ver los anuncios en los periódicos y las recomendaciones de los discípulos de Hipócrates. Hay también otra fuente al pie de la termal de Boñar muy indicada para atacar las afecciones pulmonares y fuentes ferruginosas en Oville, Veneros y Valdeteja.

De una de las de Boñar, cuya propiedad curativa fué conocida por los romanos, dice una inscripción que había por lo menos hasta hace poco en la peña contigua a la fuente, lo que sigue: «Alexio Aguilego, romano, cumplió de buena gana el voto que hizo, construyendo a esta fuente un edificio cuyas aguas tienen una virtud saginifigena o propia para engordar, gastando en ella trescientos cincuenta y cinco seistercios el año de trescientos diez y siete de la era cristiana.»

Ríos y lagos

Los ríos más caudalosos de la comarca, son el Porma y Curueño, de los que se derivan canales y cauces para fertilizar vegas y praderíos, y alimentar molinos harineros y fábricas de luz eléctrica, cuales son las instaladas en Boñar, Armada, Cofiñal, La Vecilla y Valdelugueros, que suministran a casi todos los pueblos de ambas montañas dicho fluído.

Los lagos que existen en la montaña, si asi pueden llamarse, son dos pozos que los antiguos calificaban de brazos de mar y de lagos misteriosos, por contener en concavidades relativamente amplias gran caudal de agua, aun en verano. Se denominan, respectivamente, el *Pozo de Isoba* y el *Ausente*. El primero dista muy poco de ese pueblo, y el segundo algo más. Se alimentan y proveen de las aguas procedentes de lluvias y nieves, que, cayendo sobre las laderas que los circundan, se van paulatinamente deslizando hasta descender a los lagos, que, aun cuando se hallen junto a la cumbre de una montaña, no pueden surtirse de otras aguas, y mucho menos de las del mar, por oponerse a esto las leyes de la Hidrostática, como son las

relativas al equilibrio de los líquidos en vasos comunicantes y la tendencia de los mismos a buscar el nivel.

Según Alba, había en el siglo ix un lago en las cercanías del alto de San Adriano, llamado de Trintravia, hoy hoyo de Trinitrera, y en época poco posterior al Diluvio otros dos lagos; uno en Armada y otro en *Puerta Gallega*; es decir, desde Colle de Boñar hasta La Robla, a donde iban a desembocar los ríos Porma, Curueño y Torío; pero esta opinión es poco verosímil, aun cuando se hallen en algunos puntos de Puerta Gallega, conchas y ostras petrificadas; toda vez que en el valle de La Robla no se notan vestigios de tan impetuosa corriente, como sería la de los tres ríos y las conchas y ostras petrificadas que se ven en el valle de Boñar, pudieron muy bien haber quedado allí, dando lugar este fenómeno a suponer que en realidad hubo en dicho valle un gran lago, cuyas aguas se elevarían a bastante altura; mas no a tanta que afluyeran por encima de la Collada de Otero a los otros ríos.

Puertos pirenaicos

En la parte más alta y agreste de la montaña de aspecto en unas partes majestuoso e imponente, y en otras brioso y sublime, existen no pocos puertos entre los que se distinguen por su mayor extensión, y por los grandes rebaños de merinas que en ellos pastan durante el estío los de Valdeteja, Valdelugueiros y Lillo, pero no sólo pastan en éstos y en otros puertos muchos miles de cabezas de ese ganado trashumante, sino también algunas veintenas de yeguas y caballos.

Vías de comunicación

La parte baja de esta montaña la recorre el ferrocarril Hullero, y la cruzan dos carreteras del Estado; una desde Boñar hasta los puertos de Tarna y San Isidro y otra desde La Vecilla hasta el puerto de Vegarada, por las que diariamente pasan varios autos para el servicio y conducción de viajeros, turistas y veraneantes.

Población

Los pueblos de la montaña en general tuvieron en el siglo pasado mayor número de habitantes que en la actualidad, quizá una tercera parte más, a excepción de Boñar, que de un siglo a esta parte ha aumentado en más de cien vecinos, los demás pueblos de año en año decrecen en población, en tanto que hoy es más agradable que antes el aspecto de pueblos y casas que van mejorando y reformando casi todos sus moradores, sustituyendo los techos de paja por los de teja, y las antiguas habitaciones por otras más cómodas, higiénicas y confortables.

Clima y producciones

El clima es irregular y variable, y en invierno frío y extremado, especialmente cuando las alturas están cubiertas de nieve, pero en cambio es muy saludable singularmente en verano, durante el cual los veraneantes que vienen de Asturias, de Madrid y de América recobran la salud o mejoran notablemente de ella,

desapareciendo en unos la anemia y neurastenia, y en otros las enfermedades cutáneas, la nervosidad y las afecciones pulmonares.

Las producciones naturales son los pastos, la ganadería vacuna, lanar, cabría, caballar y de cerda; los cereales de trigo, centeno, avena y cebada; las legumbres de garbanzos, guisantes, judías y lentejas, y los tubérculos de patata, nabos y remolacha. Las frutas, fuera de Boñar, La Vecilla y las Arrimadas, escasean bastante, al paso que algunas plantas de propiedades medicinales abundan mucho en ciertos bosques, como el arándano, cuyas bayas son comestibles y aplicables contra la diarrea, disentería, escorbuto y afecciones catarrales de los riñones y la vejiga; y la *genciana*, cuya raíz es considerada como el mejor tónico vegetal, estomacal y febrífugo, cediendo ante ella las náuseas, y las indigestiones. Combate victoriosamente la debilidad muscular, clorosis, diarrea, gases, inapetencia o falta de apetito, fiebres intermitentes, lombrices y hasta la epilepsia, convulsiones de la infancia y síncope, tomándola en infusión o cocimiento.

En los ríos Porma y Curueño se crían en abundancia finas y exquisitas truchas.

Es además esta montaña muy rica en madera, que se puede extraer de los montes de roble y de haya, de los que ya se hizo mención.

Agricultura

Todavía se encuentra algo atrasado el cultivo de la tierra con prácticas rutinarias y labores deficientes, sin preocuparse en muchos pueblos de adquirir abonos químicos de gran poder fertilizante, que beneficiando a los prados y tierras que en los valles y riberas son fértiles, rendirían tal vez duplicados frutos.

Tampoco se esmeran mucho los de varios pueblos en regar sus tierras y predios, a pesar de observar en otras partes, como vegas que ayer semejaban estériles e infecundos eriales, hoy por virtud del riego dan abundantes frutos de trigo, patatas, judías, trébol y alfalfa. Verdad es, sin embargo, que hay pueblos, donde en verano no tienen apenas agua con que fecundizar sus campos; pero otros conocemos que pueden construir embalses y depósitos al pie de numerosas fuentes, aun de escaso manantial.

También debieran pensar en introducir nuevos aperos de labranza, y en adquirir semillas y granos de más rendimiento y virtud productiva, sin descuidar el seguro de cosechas, casas y ganado; la protección a los sindicatos agrícolas, que les facilitarían medios y elementos

adecuados y convenientes a sus intereses y progreso agrícolas, y la cría en mayor número de cabezas de ganado, principalmente vacuno, que en caso de ser mestizo, como el de toros y vacas suizas, les produciría sin comparación mayor utilidad en terneros y leche, si, como ocurre en ciertos pueblos, los terneros son bien atendidos y cebados sin duelo con harina, trébol y alfalfa, y la leche se lleva a las fábricas por entender que así se obtiene casi doble ganancia de la que deja mazándola en casa.

Paisajes

Aunque estas montañas estén erizadas de altos y escarpados montes y de rocas gigantescas con cortaduras misteriosas, tajos que infunden pavor y simas que no tienen nombre, semejando bocas del averno, con todo, no faltan en ellas valles deliciosos y campiñas encantadoras durante el verano y parte de la primavera, donde poder experimentar dulces sensaciones, viendo, como sucede en Valdecastillo, las caprichosas ondulaciones de la carretera y río Porma, el verdor de los bosques de Valcayo, Valle, la Barga, etc., las crestas de

altos picachos, a la vez que se oyen los ecos rumorosos de la selva, el murmullo de cristalinas fuentes y bulliciosos arroyuelos, la melodía y armoniosos cantos de las aves, y aspira uno refrigerantes y perfumadas brisas, lo que sin duda tuvo en cuenta el fervoroso adorador y entusiasta admirador de las bellezas de la creación, vecino y natural de Madrid, que habiendo tenido el buen gusto de edificar una hermosa casa en un altozano del indicado pueblo, pasa allí desde Mayo hasta Noviembre abstraído y ensimismado en la quieta y dulce contemplación de la naturaleza muchas veces al día, en tanto que otras sintiendo una feliz necesidad de alejarse del bullicio y huir a la soledad, se encamina de vez en cuando a los montes encumbrados, y a los bosques de Pardomino y Tejedo de Valdeteja para solazar su espíritu, ora en soliloquios poéticos y filosóficos, ora en embeladores coloquios con las fuentecillas susurrantes, con las auras salutíferas y perfumadas con los pintados pajarillos, con los frondosos árboles que proyectan una deliciosa y agradable sombra, y con las variadas y aromáticas flores.

De modo que para este culto e inteligente madrileño, y también para aquellos que no sean vulgares, prosaicos y superficiales, sino espíri-

tus selectos y comprensivos, no es la montaña un simple conglomerado de montes y peñas, mudo y sin ninguna significación, sino un escenario ameno, sublime, elocuente y hasta maravilloso que tiene por actores, como diría el autor de *Peñas Arriba*, a unos hombres, que si bien no son tan cultos e ilustrados, como los de las ciudades, pertenecen a una raza de lo más sano y hermoso conocido en España, debido principalmente a la continua gimnasia del monte, a la abundancia de la leche y a la honradez de las costumbres públicas y domésticas.

Asuntos históricos

Si por historia se entiende la sucesión de reyes y dinastías o el resultado y accidentes de las batallas, que es lo que llaman parte externa de la historia, de suyo menos importante que la interna, poco es lo que en este caso podemos referir, teniendo en cuenta que, como afirma el erudito historiador leonés J. González, el ilustre Arcipreste de la Catedral de León: «Fuera del *Índice*, de Vignan, y de las escasas noticias de Yepes y de Risco, la historia del monacato montañés, lo mismo que la historia política y religiosa, ha quedado sepultada en el olvido más

injusto; hasta la leyenda es pobre, y eso que cien veces pasaron por la garganta de sus ríos ejércitos vencedores, cien veces descansaron a la sombra de sus bosques frondosos, las familias de los Reyes de León y la nobleza del antiguo olvidado reino, moradas eremíticas fueron las grutas de sus montañas, Obispos y Prelados salieron de sus monasterios para regir las iglesias de León y de Castilla; regias y divertidas cacerías se organizaron en sus montes famosos todavía en el xiv, según el libro de Alonso XI, Princesas habitaron alguno de sus valles, y a sus castillos se recogían, como a lugar seguro, los grandes señores, en luchas fratricidas, y las mesnadas de guerreros en días de invasiones agarenas. Hoy no queda en la Arcadia Leonesa, según la llama Cuadrado, el poeta Mallorquín, ni la serena calma de sus valles, ni el misterioso silencio de sus montes, ni la deleitosa paz de sus hogares; ha penetrado la vida moderna con sus industrias, con el humo negruzco de sus máquinas de vapor, con el ruido estridente y frenético de sus trenes, con el cosmopolitismo anárquico de gentes exóticas que no perciben los rumores de los bosques ni el ritmo de las cascadas, ni la armonía de la naturaleza espléndidamente vestida.»

Mas respecto de la parte interna que trata de

las costumbres, usos, leyes, religión, etc., bien puedo anticipar desde ahora al lector, que serán numerosos los datos y noticias que he de dar a la publicidad en este modesto trabajo referentes a usos, tradiciones, religión, etc., cosas de que a juicio de Jovellanos se han de ocupar preferentemente nuestras crónicas, antes que de las guerras, batallas, hambres, pestes, desolaciones y fieros males.

Primeros pobladores de la Montaña

Se ignora quiénes fueron los primeros pobladores del Porma y Curueño. Pedro Alba en su *Historia de la Montaña de Boñar* tiene por muy probable que esta montaña haya sido poblada, no sólo por fenicios y cartagineses, de acuerdo con la opinión del P. Sota, sino también por celtas, romanos y godos.

Lo cierto es que los celtas *astures* se dividieron por Asturias y los celtíberos *vascos* por León.

Según el mencionado autor, hay muchos nombres de pueblos que son: unos de origen fenicio y cartaginés y otros de procedencia ro-

mana y gótica. Para probar esto, cita los nombres de casi todos los pueblos de esta montaña, que en su sentir son de los diversos orígenes indicados. También consigna los nombres de no pocos pueblos que dejaron de existir, y los de los siguientes que ya existían en el siglo x, como consta por una escritura de ese siglo, cuales son: *Romelia*, cerca de Valdecastillo; *Estabiello*, hacia Vegamián; *Noantica*, en el valle de Reyero, en donde estaba la ermita de Nuestra Señora de Noanca; *Vulturario* (Utrero) y *Lotares* (Lodares).

Y en otra escritura de la misma época se hace igualmente mención de Boñar o *Boniar*, que Alba sostiene que significa abundancia de montañas, en tanto que otros creen que ese nombre se deriva de *Balneare*, por estar inmediata la Villa al Balneario que allí hay.

Asimismo es bien sabido que estas montañas pertenecieron al país de los *Ástures*, de raza invencible e indomable, tal vez no contaminada con las corrupciones de la idolatría, si hemos de creer a ciertos autores que afirman, como muy probable, que el culto a la luna de los Cántabros, Vascones y Astures, sin mezcla de superstición gentílica, tan arraigado aún en tiempo de la dominación romana, era quizá hijo de la creencia en un Dios desconocido, o

autor de lo creado, incorpóreo e incorruptible; lo que indica lo mismo que el no tener esos pueblos templos, ni ídolos cuando apareció el Cristianismo en España, que solo profesaban el Monoteísmo.

Resto del culto druídico con dólmenes, bosques y fuentes dedicados a un Dios innominado, es lo que se encuentra en los descubrimientos arqueológicos practicados hasta la fecha en las montañas de los Pirineos. (1)

Cualidades características del pueblo astur

Por lo demás, no admite duda alguna que el pueblo astur dió evidentes pruebas de su indomable energía, de su amor a la religión y de su ardiente patriotismo, no sólo cuando, como escribe Jovellanos, puso freno a la loca ambición de la señora del Tiber Roma, cuyas águilas detuvieron ante Asturias su vuelo veloz, temblando a su vista el feliz Octaviano, y los suevos, alanos y godos, sino principalmente, cuando

(1) Vid. González. «Secciones de Historia Eclesiástica.»

el invicto D. Pelayo, al pie del monte Auseba en Covadonga, dió su grito de guerra contra el invasor musulmán, que procedente de la Mauritania inundó casi todas las provincias de España, a guisa de un torrente impetuoso que destruye cuantos estorbos se oponen a su furia, a causa de la fe ciega y del espíritu religioso, que poseyendo en alto grado los secuaces de Mahoma, les llevaba a la guerra, que hacían en todos los pueblos con prodigiosa rapidez conforme les ordenaba ese impostor, el cual les mandó difundir por doquier con el hierro y con el fuego, no debiendo soltar la crin de sus caballos hasta su muerte, y debiendo vivir a *la sombra de las lanzas* hasta que la ley del Profeta estuviera esparcida por todo el mundo, prometiéndoles, para no decaer de ánimo, a los fieles musulines (creyentes) que en el cielo poseerían alcázares de oro y tiernas doncellas o huríes encantadoras que jamás se marchitarían, aparte de tener la dicha de conversar en el cielo con el Profeta y de ser amigos de los ángeles, pudiendo en vida casarse hasta con cuatro mujeres legítimas y con cuantas concubinas quisieran.

Invasión de los Arabes

Poseídos los árabes del más ardiente fanatismo infundido por Mahoma en el corazón de sus creyentes, y hallando éstos poca resistencia en los cristianos, debido a múltiples causas, cuya enunciación omito en obsequio a la brevedad, no es de maravillar, que los secuaces de Mahoma, que no conocían otra predicación que la guerra, alcanzaran en España tantas victorias hasta que organizada la resistencia por don Pelayo en el primer tercio del siglo VIII, que les opone un valor sin igual en los montes de Asturias, asilo seguro en donde se salvaron los restos del antiguo imperio de los godos, obtienen los cristianos fugitivos de la invasión musulmana la victoria de Covadonga, atribuída a la protección de la Virgen Santísima, que fué la primera página gloriosa de aquella epopeya ocho veces secular, la reconquista que escribieron los bravos y denodados astures, los cuales eligieron por Rey a D. Pelayo; el primero de la monarquía asturiana, que Juan Diácono en la «Vida de San Froilán» llama *Reino de los Godos y Provincia Asturicense*, de la que formó parte esta montaña desde el siglo VIII al X.

Batalla de la Collada de Muertos

Poco después de la victoria de Covadonga alcanzan los astures otro glorioso triunfo en el famoso sitio de la *Collada de Muertos*, que se encuentra a la terminación del monte Pardomino, al decir de la tradición, según la cual, hubo tanta mortandad, que corrió la sangre hasta el río Esla, designándose hasta setenta mil moros muertos; número, que aun cuando se suponga exagerado, siempre deja lugar a otro bastante considerable sin hipérbole (Pedro Alba).

Que la batalla de la Collada de Muertos existió, es indudable, porque por algo nuestros antepasados denominaron el sitio mencionado Collada de Muertos ya en el siglo x, como puede verse en una escritura de ese siglo, en la que el conde D. Guisnado, al hacer una donación al monasterio de San Adriano designa dicha collada con estas palabras: *Collata de Mortos*; y si bien es cierto que los primeros escritos, que mencionan esa collada, no pasan del siglo x; es asimismo no menos cierto que los que hablan de la batalla de Covadonga en

primer lugar datan del último tercio del siglo ix, la cual no por eso se ha de poner en duda.

Además, cerca de la Collada de Muertos hubo, hasta pocos lustros hace, tres ermitas: una hacia la parte de Corniero, dedicada a Santiago; otra hacia la de Vozmediano, y otra dedicada a San Pelayo, a corta distancia de la misma; todo lo cual nos induce a suponer que allí debió de realizarse algún hecho extraordinario.

Pedro Alba y J. González afirman con bastante fundamento que esa batalla fué la de Lodos o *Lutos*, referida por el Arzobispo D. Rodrigo y el Cronicón de Avelda; añadiendo este último que el lugar en que se dió tal batalla estaba a la falda o entrada de las Asturias «*Inframontibus Asturiae*», palabras que más bien que a Luniego, Ledos y Galicia, en uno de cuyos sitios refieren otros historiadores que ocurrió esa batalla, se pueden aplicar a la Collada de Muertos por hallarse este lugar y no los otros a la entrada de los, en aquella época, montes de Asturias, a la cual, como ya llevo dicho, pertenecía en los primeros siglos de la reconquista.

La montaña de León y, por consiguiente, la Collada de Muertos, muy cerca de la cual está el pueblo de Lodares, antiguamente Lotares; nombre idéntico, añade Alba, a *Lutos*, sino en la letra, al menos en la significación, dado que

en el término del pueblo, y lo mismo puede decirse de varios sitios del valle de Revero, existen terrenos pantanosos y algunos lodazales.

Por otra parte, es de notar que los antiguos historiadores casi contemporáneos a la batalla de Lodos, no especifican el lugar, teatro de este memorable hecho; el que más concreta el suceso, es el Cronicón de Avelda con las palabras arriba transcritas, y de ellas no se puede inferir que la batalla de Lutos, en la que Alfonso II el Casto derrotó a los árabes, haya tenido lugar lejos de esta montaña. Luego no sé por qué los historiadores modernos afirman sin más ni más que se verificó en alguno de los otros parajes indicados.

Verdad es que en un artículo publicado en *La Crónica de León* opinaba como más probable, que la batalla de la Collada de Muertos no fuera la misma que la de Lutos, por creer que bastaba, que un historiador de nota dijese que esas batallas habían sido distintas. Mas como ahora veo que las razones que alega, apenas si son verosímiles, me adhiero firmemente a la opinión contraria.

Vida de San Froilán

Habiendo vivido el patrono de la Diócesis de León durante algún tiempo en las Montañas del Curueño, conforme refiere una tradición fuerte y arraigada, vamos a transcribir la vida del Santo, escrita por Juan Diácono, que vivió casi en la misma época que San Froilán, en la forma siguiente:

Vida de San Froilán, por Juan Diácono.— Antes de confiar al papel la traducción de la *Vida de San Froilán*, escrita en latín por ese autor, importa dejar sentado que en realidad de verdad lo único cierto y seguro para conocer la hagiografía del ilustre patrono de esta Diócesis «el consejero de príncipes, confesor de los magnates, jefe de los sacerdotes, ídolo del pueblo, ángel tutelar de la monarquía asturiana y el piloto que mantuvo a flote la nave del Estado, combatida por fuertes y encontrados vientos», es la biografía del Santo, debida a la pluma de Juan Diácono, que, si realmente es muy breve, se presta sin embargo a muchísimas consideraciones, sin que sea aventurado sostener que San Froilán merece ocupar un lugar distinguido y preeminente entre los héroes de la virtud; en

prueba de lo cual bastaría indicar que renunció de adolescente a su pingüe fortuna y a las más dulces esperanzas, que oyó poco antes de dar principio al sublime misterio de la predicación una voz interior que le confirmaba en el propósito ya hecho de emprender tan altísima misión cuando se le entraron con presteza por la boca dos hermosas palomas, lo que suscita el recuerdo del Bautismo de Jesucristo, en el que, descendiendo sobre él en figura de paloma el Espíritu Santo, se oyó una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo el amado, en quien me he complácido, siendo muy semejante aquel milagro al prodigio del enjambre de abejas que, revoloteando alrededor de la cuna de San Ambrosio, parecía que entraban en su boca y salían unas en pos de otras, significando que un día sería alguna cosa grande, como en efecto lo fué.

Que amansó al decir de la tradición, a un lobo, como el *Poverello* de Asís, al lobo de Gubio, a ejemplo también del célebre monje Estéfano, que daba de comer por su mano a un león pardo, después de recorrer varios desiertos como San Froilán, y de haber morado en una celda que edificó a la raíz del monte, donde Elías en los tiempos pasados vió aquella sagrada visión.

Y finalmente, que San Froilán, al igual que

el patriarca de los cenobitas, San Antonio Abad, *El Amado de Dios*, no temió los horrores del desierto, con tal de vivir ignorado del mundo, aun cuando, a pesar de esto, las muchedumbres le hallaron en el monte Curueño, a donde concurrían en tropel a escuchar las ardientes y soberanas palabras de aquel hombre de la Providencia y cual otro Elías, misionero del Espíritu Santo, viéndose obligado este hombre de Dios, en frase de Juan Diácono, como San Antonio, el *Amado de Dios*, a comunicar a las multitudes por medio de la divina palabra el fuego del amor divino, en que se abrasaba su corazón, y a ejercer el oficio de guía, maestro y director espiritual de centenares de Monjes en los cenobios, que él mismo había fundado.

Hechas estas observaciones, véase a continuación la biografía auténtica del gran San Froilán.

«El venerable e ilustre obispo San Froilán, nació en un arrabal de Lugo, ciudad de Galicia, y educado e instruído en las ciencias sagradas, desde la infancia temía a Dios, apartábase del mal, levantaba su corazón al cielo para poder contemplar al Señor y se ejercitaba en frecuentes consideraciones sobre la miseria de la humana naturaleza, a fin de no tener que lamentarse de una repentina caída a causa de la

aclamación de que por la fama de su virtud era objeto.

Lleno de fe y de buenas obras, iba aprovechando de virtud en virtud, llevando como buen negociante el tesoro del Señor en su corazón.

A la edad de 18 años, deseó ardientemente retirarse al desierto pensando consigo mismo, si le sería lícito darse al ministerio de la predicación o si podría hacer vida solitaria. Y porque era vaso de elección, predestinado para iluminar a muchos pueblos, y no miraba más que a dar gusto a Dios, metió en su boca unos carbones encendidos para persuadirse de que no podría tomar el oficio de la predicación si le quemaban los labios, o de que lícitamente podría anunciar a los pueblos los divinos eloquios, si boca y labios permanecían ilesos, sucediendo esto último por gracia y beneficio de la divina piedad, sin que recibiera en la prueba la menor lesión, ni le quedara señal alguna de las brasas, ni sintiera la acción del fuego. Por lo cual, al examinar sus labios, decía aquel vaticinio: «Las palabras del Señor son palabras castas, como la plata purificada con el fuego y siete veces probada y examinada».

Con este primer milagro quiso el Señor manifestar a su siervo que podía ir tranquilo y seguro al misterio de la predicación. Poco des-

pués, y cuando seguía su camino, ocultósele el sol hundido en las profundidades del ocaso y le sorprendió la noche con su negro manto de sombras. Pasándola entonces en oración, vió a altas horas de la misma, un luminoso resplandor; en medio del cual dos esplendentes pajomas, volando alternativamente por los aires, se dirigían hacia él, una de color de rosa, y la otra blanca como la nieve, las cuales se le entraron por la boca apresuradamente cuando lleno de pasmo y de terror estaba absorto contemplándolas, colmándole, una de ardor, otra de dulzura el alma. ¿Quién no creerá que con tal visión fué lleno del Espíritu Santo? ¿Quién será capaz de referir las grandezas que, a partir de este hecho maravilloso, salían de su boca para enseñar a los pueblos? En efecto; palabras tan dulces, tan suaves y tan sublimes, no hay lengua humana que pueda explicarlas por elocuente que ella sea.

Pero, a pesar de esto, y entre tanto que ilustraba a las ciudades y predicaba con vehemencia la palabra divina, con el espíritu siempre fijo en Dios, suspiraba por el retiro; por lo cual, dejando las plazas públicas, se internaba por los desiertos y parajes inaccesibles para huir de los favores y de los aplausos de los hombres, caminando por los peñascos y por los lugares

apartados de los collados, a fin de hallar un lugar donde pudiese tener vida solitaria y quieta, apartado del ruido del mundo y acompañado de su colega San Atilano, Sacerdote, con quien meditaba frecuentemente la divina palabra.

Mirando después a lo lejos, se encaminó a la cumbre de un monte solitario, y recorriéndolo todo, se dirigió a otro denominado *Curcurrino* (Curueño), donde construyó, junto con su compañero, una celda para habitación de ambos...

Y a la manera que una ciudad colocada sobre lo alto de un monte, no puede dejar de verse, así su fama se divulgó por toda la provincia, dando ocasión a que acudieran en tropel los pueblos, viéndose hombres y mujeres de toda condición y mezclados con las muchedumbres los obispos, el clero y los magnates, a quienes enseñaba la divina doctrina, que ellos recibían con gran contento, porque eran temerosos de Dios.

Después que los iluminó con la luz de la verdad, fué compelido por el general concurso de los que creían en el Señor, para que se dignara bajar a la plaza de la fortificada ciudad de Veseo, en donde con el auxilio divino edificase un Cenobio o Monasterio, a fin de que pudiesen igualmente proveerse de exteriores alimentos las numerosas muchedumbres, a quienes

regalaba todos los días con espirituales manjares.

Y con el favor de la divina gracia, edificó el Cenobio, en el que colocó trescientos monjes a quienes, con el auxilio de lo alto había allí congregado para alabanza del nombre de Dios, que hizo por medio de ellos muchos milagros.

Divulgada ya su fama por España entera, llegó, aunque tarde, a oídos del Príncipe Alfonso, que desde Oviedo gobernaba el Reino de los Godos, provincia asturicense, el cual le envió emisarios, mandándole partiera para Oviedo, con objeto de visitarle.

El Rey se quedó atónito, viéndole adornado de tanta santidad, y admirándole lleno de gracia divina y del Espíritu Santo, alabó a Dios que tal hombre había elegido para regir las almas que en él creían. Le hizo más rico, le colmó de honores y le concedió poder para que en todo su reino escogiese los lugares oportunos y amenos que le pareciera, donde edificar Monasterios, en los que pudiera congrega a las muchedumbres de los pueblos, constituídas bajo la disciplina de la Santa Regla.

Edificó, en efecto, el Monasterio de Tábara, en el cual juntó seiscientos monjes de ambos sexos que servían al Señor.

Y después de buscar un apropiado sitio para edificar otro Cenobio, encontró un ameno y elevado paraje cerca de las márgenes del río Esla, y allí construyó el monasterio, en donde llegó a congregar casi doscientos religiosos, constituídos bajo la disciplina regular.

Cuando, pues, el Rey veía crecer en él la gracia y la santidad, el pueblo pidió con grandes clamores durante muchos días que fuera nombrado el abad Froilán, por reputarlo muy digno, Obispo de León, nuestra ciudad.

El Rey, al oír esto, se alegró muchísimo, porque ya hacía tiempo que había intentado que se ordenara de sacerdote, y no había podido conseguirlo. Retenido y encadenado, respondía al Rey con atrevidas palabras y se acusaba a sí mismo, diciendo que tenía hijos en los Monasterios, y que era además un monje hipócrita y fingido. Mas con todo eso, fué ordenado *contra su voluntad* y consagrado Obispo de León el día de Pentecostés con San Atilano, que ocupó la Sede de Zamora, recibiendo los dos el honor sacerdotal, quienes ciertamente, como antorchas puestas sobre el candelero iluminaron con claridad de luz eterna todos los confines de España, predicando la palabra divina, hasta el punto de que creció más y más la santidad en ellos desde entonces, y hallaron

doble gracia para enseñar y dirigir monjes, clérigos y legos. (1).

Este hombre de Dios, lleno del Espíritu Santo, adornado del don de profecía, comenzó a vaticinar lo que en aquella región había de suceder, como era que vendría sobre ella la enfermedad, la desolación, la pestilencia y el hambre. También al Rey, al clero y al pueblo, y aun a cada uno en particular, les anunció como profeta lo que habría de ocurrirles, sin que hubiera alguno que dudara de la verdad de sus anuncios por la experiencia que de ello tenía.

Presintiendo, en fin, que se acercaba la hora de su partida de este mundo, convocó a todos sus discípulos, tanto monjes, como clérigos, a quienes exhortó a la observancia de los divinos preceptos y les instó a que perseveraran siempre en el ejemplo de la santa disciplina, señalando el día y hora en que había de presentarse delante de su Dios.

Asimismo ordenó que cada uno permaneciese en el estado y gracia a que había sido llamado. El clamor de los que gemían llenaba los aires; las voces de llanto se oían desde lejos;

(1) Lo que sigue, aunque no se halla escrito en la Vida de San Froilán por Juan Diácono, se cree sin embargo que es copia del original que escribió este autor. «L. P.»

toda la ciudad se llenó de voces lastimeras y de lúgubres lamentos; por las plazas y arrabales resonaban los gritos de los que lloraban sollozando; el pueblo todo se reunió dando voces al cielo y exclamando: ¿Cómo nos dejas, oh Padre? ¿Cómo abandonas la grey que te había sido encomendada? Se enviaron mensajeros a diversas partes y de todas acudieron sin tardanza muchísimos, gimiendo con muestras de intenso sentimiento, sin poder hallar consuelo; todos le amaban, todos suspiraban por él, todos querían estarle viendo siempre.

Separada aquella alma santa del cuerpo, entró inmediatamente en la gloria, acompañada de coros de ángeles. Su cuerpo fué sepultado honoríficamente en un precioso sepulcro que el Rey Alfonso tenía preparado para sí en la iglesia de León. Vivió setenta y tres años, habiendo ejercido el ministerio episcopal por espacio de cinco años, y sucedió su feliz tránsito el día 5 de octubre del 905 de la era cristiana, o lo que es igual, el 943 de la era romana».

NOTA.—Si hay algún lector que, rechazando por sistema los hechos sobre naturales, como absurdos, e irrealizables, por este mero hecho duda o pone en tela de juicio el milagro de los carbones encendidos, el de la visión de las palomas y otros que se atribuyen a la intercesión de San Froilán, como curaciones súbitas de personas grave-

mente enfermas que sanaron con solo encomendarse al Santo, cuando se hallaba en sus últimos momentos, y el olor suavísimo y fragante que exhalaba su cuerpo exánime, es que tiene una idea muy pobre y mezquina de la Omnipotencia divina que, no sólo ha creado las flores, vr. gr.; en las que se encierran mayores maravillas que en los tan decantados y asombrosos inventos de los hombres, sino también los astros reverberos de su gloria; los mares testigos de su inmensidad, los montes reflejos de su poder; los valles emblemas de su hermosura, y en suma, la naturaleza entera, ese gran libro, cuyas amplísimas páginas publican las mauficencias de la creación.

Castillos

Alfonso III el Magno (866-910) dedicóse en los últimos años a levantar castillos para asegurar y defender las tierras conquistadas, creyéndose daten de aquel tiempo muchos de los castillos que hubo en la montaña, cuales fueron los de Lillo, que en la edad media tuvo mucha importancia por su posición estratégica y paso obligado para Asturias, el del Castrijón, frente a la Herrería de Valdecastillo; el de Boñar con dos torres hasta el año 20 del siglo pasado dentro de la muralla que circundaba antiguamente las casas próximas a la plaza, e iglesia; el que existió en el sitio donde está ahora la iglesia de Colle, los de Nocedo, San Salvador

en Santa Colomba, y el de Aviados, que hizo retroceder, como opina Alba, al célebre caudillo y Cid Agareno Almanzor, el cual, como añade dicho autor, quemó y arruinó la antigua ciudad de Veseo, que debía caer hacia el sitio que hoy ocupa La Vecilla, nombre que en opinión del mismo, es diminutivo de Veseo.

El vulgo atribuye la fundación de estos castillos a los moros, pero los historiadores aseguran que fueron construídos por los cristianos *fortísimos* castillos en la montaña para detener las invasiones árabes; quienes por lo mismo que fueron lanzados de la montaña poco tiempo después de haberla conquistado, no hubieron ellos de construirlos y levantarlos, ya que los castillos no se hacen en dos días.

Monasterios montañeses

Pocas regiones habrá que puedan competir con la montaña leonesa en el número y esplendor de la vida monástica; pasan de 100 los nombres de los monasterios que hubo en el partido de Riaño, estando del siglo IX al XII tan poblada de Monasterios la montaña, como las laderas de Alejandría o las vertientes de los Apeninos.

«Allí, donde escribe elegantemente J. González, hay una colina vestida, un valle tranquilo, una vega fértil o un bosque preñado de rumores; allí, como las abejas de las *Georgias* virgilianas, abundan los Monasterios; como si el hombre que pasa por este mundo entregado a la oración y a los amores ascéticos, volara en alas de la poesía con más libertad en los oasis y vergeles que en los páramos y desiertos». (1)

Al decir de Alba existieron los siguientes Monasterios en el Porma; a saber: el de San Pelayo, en término de Vegaquemada; el de San Justo y Pastor entre Llamera y La Mata de La Riva; el de San Millán, en el Encinal que hay entre Barrillos y la Devesa, en donde estuvo la ermita de San Millán; el de San Adriano, en el pueblo o caserío de este nombre; el de Santa Marina de Felechas, el de San Pedro de Boñar, el de Santa María de ídem, el de San Andrés de Pardomino, el de San Román de Peñamían, el de Fuentefascasia en Cofiñal, el de San Ciprián de la Somoza, el de San Pedro de Valdesabero, el de San Pedro de Fuencoflada, y probablemente otro en Montefrades, de Vozmediano.

En el Curueño hubo otros en las cercanías de Valdepiélagos; uno en Tejedo de Valdeteja

(1) Vid. J. González. «Monasterios Leoneses».

denominado de San Pelayo, al que en 1176 el rey D. Fernando II hizo donación de toda su heredad en la villa llamada *Mesmino*, en territorio de Argüello, antes Arbolio, como casas, solares, prados y árboles; y otros en el valle de Vadecésar entre la Mata de la Vérbola y la peña de Valdorria, que fué fundado y habitado por San Froilán después de haber bajado del monte Curcurrino en sentir de varios historiadores (1).

Los de más fama en el Porma, parece que han sido el de San Andrés de Pardomino y el de San Adriano.

En el de San Andrés, según refieren Argaiz y Risco citados por Alba, vivió durante algún tiempo el obispo D. Fruminio, después de renunciar al obispado de León, y se da como cierto que el monasterio hubo de pertenecer a los templarios (2).

El paraje donde estaba edificado el monasterio, es amenísimo y apropiado para la contemplación por hallarse entre dos montañas, que parecen un altar misterioso donde la naturaleza quema incienso y rinde tributos al Supremo Hacedor. Todo allí habla a los espíritus

(1) Vide, Alba «Historia de La Montaña de B.»

(2) Vid. J. González. (Pulcra Leonina).

reflexivos del autor de la naturaleza, el canto de las aves, el zumbido misterioso del insecto invisible, la fragancia de las flores, el rumor del bosque, el verdor de la arboleda...; de suerte que si la acción del tiempo no hubiera dado al traste con el convento, quien quiera que visitara hoy en día el Monasterio, por indiferente que fuera, experimentaría tan dulce sensación al encontrarse en aquella soledad, como sentir pudiera el viajero poeta, de que nos habla Balmes, el inmortal filósofo de Vich, cuando dice: un viajero poeta atravesando una soledad, oye el tañido de una campana que le distrae de las meditaciones en que estaba embelesado. En su alma no se alberga la fe, pero no es inaccesible a las inspiraciones religiosas. Aquel sonido en el corazón del desierto cambia de repente la disposición de su espíritu, y le lleva a saborearse en una melancolía grave y severa. Bien pronto descubre la silenciosa mansión, donde lejos del mundo buscan asilo la inocencia y el arrepentimiento. Llega, apéase..... y es obsequiado con afectuosa cordialidad... El corazón del viajero está dulcemente conmovido. Si en semejante situación de espíritu le place a nuestro poeta escribir algunas reflexiones sobre las órdenes religiosas..... podéis contar con un elocuente trozo en favor de los institutos religiosos, un

anatema contra los filósofos que los condenan, una imprecación contra las revoluciones que los destruyen, una lágrima de dolor sobre las ruinas y las tumbas.

El de San Adriano, edificado en el pueblo de este nombre, que suscita memorias hondas de edades remotas por haber sido albergue solitario de monjes desde el siglo x, y morada del Conde D. Guisnado, señor de las montañas de Boñar y por haber estado allí la ermita del *Lomberado*, a la cual acudían los montañeses en romerías alegres y poéticas, como diría J. González, debió su erección a dicho conde, el cual se propuso que en él cantaran los monjes las divinas salmodias y cuidaran de dar culto perpetuo a las reliquias de San Adriano y Santa Natalia.

La escritura de fundación publicada por Sandoval, después de un prólogo humildísimo de los Condes, D. Guisnado y su mujer doña Cebuina, afirma que tomaron consejo de Genadio y Atilano, ya difuntos—Obispos de Astorga y de Zamora—y de Cixila, el fundador de San Cosme de Abellar, y sucesor de San Froilán; cuenta como asistieron a la inauguración del Monasterio el Rey Alonso IV, con los grandes de su palacio. Obispos y Abades acordando todos nombrar Abad de San Adrián a Gaude-

guiso, y firmando todos las diversas donaciones que los Condes hacen al nuevo Monasterio, principalmente el pueblo de *Bobata*—Bodas. (1).

Los Monasterios y la Sociedad

Aunque no es tarea fácil el especificar los beneficios de orden temporal que a la montaña hicieron los conventos, a juzgar por los datos que nos suministra la historia general, se puede dar por averiguado que fueron incalculables. Veamos, pues, qué hacían y en qué se ocupaban los antiguos cenobistas.

Con respecto a la cultura confiesa Leibuit el protestante, que sin los Monasterios, casi todos los manuscritos de los antiguos habrían perecido y la ciencia con ellos.

Y en cuanto a la agricultura y demás, oigamos a Balmes, que dice: «Los monjes desmontaban terrenos incultos, secaban pantanos, construían calzadas, encauzaban ríos y levantaban puentes.

Los monjes de San Benito, que se dedicaban a cultivar las tierras, se albergaron en los Monasterios de la montaña, que fué como el arca

(1) Vid. J. González «Monasterios Leoneses».

de Noé, donde se salvaron las instituciones monásticas de la invasión árabe.

Los Monasterios, escribe López Peláez, venían a ser muchos de ellos núcleos de grandes ciudades o de caseríos numerosos esparcidos en sus cercanías. Los trabajadores veían allí honrado y enaltecido su trabajo, el báculo del Abad era más fuerte que la espada del noble, y los muros de los conventos imponían más respeto que las almenas de los castillos.

Las tierras que cultivaban los religiosos solían ser donación de los Reyes, y los Monasterios, sin apenas cobrar renta ninguna las cedían.

El Monasterio era y es, como dice Víctor Hugo, el producto de la fórmula ¡igualdad, fraternidad! Una institución popular democrática, donde la fraternidad e igualdad tan decantadas por los embaucadores del pueblo y agitadores sin conciencia, no son un mero nombre.

Los Monasterios solían atraer gran concurrencia de peregrinos y daban ocasión a periódicas romerías, que suplían la falta de mercados y ferias.

Juan Diácono llama a los religiosos *populorum turmas*, tropas y gentes del pueblo que se congregaban en los Monasterios para dedicarse unos al estudio, otros a la santificación de sus

almas por la meditación de los divinos misterios y otros a los trabajos de la agricultura, abandonando la soledad para ayudar a los labradores en la época de la recolección y para ganar con que sustentarse el resto del año sin ser gravosos a los fieles, convirtiendo en frase de Gallerani, tantas llanuras incultas en fértiles campiñas y mostrando de esa manera que sabían manejar con el mismo éxito lisonjero la pluma que el azadón.

Siendo legos y hombres del pueblo una gran parte de los moradores de los Conventos y Cenobios, se explica muy bien que hubiera tantos conventos y monjes en la montaña en los primeros siglos de la reconquista.

Tercenties continentium choros, una multitud de trescientos monjes, nada menos, dice Juan Diácono, que juntó San Froilán en poco tiempo en el primer convento que fundó, probablemente el de Valdecésar.

Por fin, conste que durante varios siglos de la edad media las iglesias y monasterios eran casi las únicas instituciones que atendían a los fieles en orden a la cultura y enseñanza popular.

Montañeses distinguidos

Doña Juana de Arintero.—En el pueblo de este nombre, en las montañas del Curueño nació hacia últimos del siglo xv la Dama de Arintero, la cual en su débil sexo dió pruebas de un ánimo varonil, sirviendo a los reyes católicos en el cerco de Zamora contra los portugueses, disfrazada de varón y sirviendo en una leva, de la cual salvó a su anciano padre». (1).

Fray Alonso de San José.—Este franciscano descalzo nació en Lillo y murió en el Japón en olor de santidad, según decía una inscripción grabada en la casa en que nació.

Don Diego González Castañón.—Natural también de Lillo, fué prior del convento de San Marcos de León, capellán de honor de Felipe V, y el que hizo la fachada de San Marcos del lado del puente. Murió en 1730. (2).

Del mismo pueblo y contemporáneo del Padre Alonso de L. José, ha sido el P. Agustín de La Magdalena, misionero franciscano, fundador de un Convento en Ultramar, y autor de una

(1) Vid. Alba.

(2) Vid. «Guía Artística de León».

obra que tenfa por título: «Arte de la lengua Tagala».

El General Castañón.—El heróico y valiente guerrillero leonés nació en Vegamián el año de 1771, hijo de los señores Castañones, del mismo pueblo.

Estuvo emparentado con D. Juan Manuel Rodríguez Castañón, a cuyas expensas escribe Picatoste, se hizo a mediados del siglo xvii la iglesia parroquial de Lois, toda de mármol, sacado de las ricas canteras del país.

De este ilustre montañés hay un retrato en casa de uno de los descendientes del general en Vegamián, con una nota que dice así: «D. Juan Manuel Rodríguez Castañón, natural de la parroquia de Lois, colegial del Mayor de San Ildefonso, vicario general del Obispado de Ceuta, auxiliar del Arzobispo de Zaragoza, actual Obispo de Tuy y electo de Jaca. Fué también pariente por afinidad el general de don Francisco de Acedo, Señor de la casa de Otero, que defendió con el mayor desinterés la causa nacional en la guerra de la Independencia, poniéndose entonces el general Castañón al frente de una brigada de leoneses, con los que se batió bizarramente en la triste jornada de Rioseco, y en Tudela y Logroño venciendo a un numeroso ejército francés en Albelda».

«Se halló en el horroroso sitio de Zaragoza; después organizó el batallón de tiradores de León y sostuvo infinidad de combates parciales, improvisando juntas patrióticas y derrotando en Vegamián, su patria, al aguerrido ejército del general Crosé, y al no menos fuerte del general Walteau.»

«Mandó la primera brigada del ejército del general inglés Wellington, haciendo pasar la frontera a un cuerpo de catorce mil franceses; desde entonces, cada encuentro con el enemigo fué un nuevo triunfo, hasta que en la jornada de San Marcial, casi al terminar la guerra, recibió dos balazos, que pusieron en grave peligro su existencia.» (1)

Murió en 1836.

Al mismo tiempo que el general Castañón combatía por la independencia patria, luchaba por la misma causa el guerrillero D. Luis de Lossa, que ha sido el alma del levantamiento leonés contra los franceses, habiendo escrito proclamas, oficios y circulares, fechadas en su cuartel general de Lillo, Argüellos y Burón. Entonces fué cuando muchos seminaristas, cambiando el libro por la espada, adquirieron laureles en la guerra, mereciendo igualmente bien

(1) Vid. «Picatoste». Historia.

de la patria los curas, que en los escritos de D. Luis de Lossa (1) aparecen siempre como los vigías y corresponsales de confianza, justamente indignados al ver burlada y despreciada su fe y ofendido el Dios de sus padres y el menosprecio de nuestras costumbres y la violación de nuestras doncellas, apareciendo entre las greñas de la sierra arengando a los nuevos viriatos, que surgían por cada guájara de la montaña contra las iras del tirano.

Don Pedro Alba.-Nació en Voznuevo, fué párroco de Valdesaz de los Oteros y autor de la historia de la Montaña de Boñar, de otra de la provincia y de una Memoria sobre las antiguas ciudades de Lancia y Sublancia.

Don Félix González.-Nacido en Lodares, desempeñó el cargo de rector en el Seminario de Valderas y dejó escrito algunos libritos de piedad.

Doña María González (La Monja).-Ha sido oriunda del mismo pueblo y hermana del anterior. Desde muy joven dió pruebas de ferviente piedad y de amor a Dios y al prójimo. Tuvo ocasión de haber contraído nupcias ventajosamente, pero renunció a ellas generosa-

(1) Vid. J. González. «Sermón acerca de la guerra de la Independencia.»

mente por conservar el preciado tesoro de la virginidad, y a fin de poder vacar más libremente a la oración y santificación de su alma.

Todos los días se levantaba de la cama una hora antes del amanecer para hacer oración mental, leer el *Año Cristiano* y entregarse quieta y tranquilamente al ejercicio de la devoción, a imitación del real profeta David, que solía muy de mañana levantar su corazón a Dios, según se deduce de estas palabras: «mane astabo tibi et videbo», y pensar en la eternidad, como el mismo lo declara del modo siguiente: «Anticipáronse mis ojos a las vigiliás, turbéme y no hablé palabra; pensé en los días antiguos; y he tenido en mi pensamiento los años eternos y los medité de noche con mi corazón.»

Oía misa diariamente y en sus últimos años comulgaba también todos los días. Nunca dejaba de hacer hacia las tres de la tarde la visita a Jesús Sacramentado, y a la Purísima y Dolorosa.

A sus familiares no les permitía que ejecutaran labores y trabajos en día festivo, ni que dejaran de rezar las oraciones de costumbre al levantar de la cama, al acostarse, al comer y al toque del *Angelus*.

Cooperó, como el que más, a la fundación de las cofradías de Hijas de María, Orden Tercera, Corazón de Jesús y otras, sino es que a su

iniciativa se debió la institución de alguna de ellas establecidas en la parroquia.

A las Hijas de María reuníalas con frecuencia en su misma casa, y allí las instruía y les daba sabios consejos y lecciones para saber conducirse en su vida práctica.

Los domingos las hacía a todas visitar en comunidad a la Virgen al final del rosario en el templo, como siguen haciéndolo hasta el presente, y además confesar y comulgar el día en que se casaba o moría alguna de ellas.

Era muy compasiva para con los necesitados, afligidos y enfermos, socorriendo no sólo a los mendigos, sino a los que tenían escasos recursos, prestándoles dinero sin exigirles el pago del interés vencido, y llevándoles algún obsequio, cuando la enfermedad les postraba en el lecho del dolor.

Contribuyó eficazmente al esplendor del culto divino con valiosos e importantes donativos, para entre otras cosas adquirir las hermosas y esbeltas imágenes del Nazareno, Dolorosa, Divina Pastora y San Francisco, y dejó en títulos de la deuda 11.000 pesetas para una *Memoria* de aniversarios y para que el día de la Divina Pastora y Viernes Santo los fieles de la parroquia y circunvecinos oyeran la exposición de un modo más patético y conmovedor

de la divina palabra de labios de predicadores forasteros a quienes se ha de dar, como de limosna, el rédito de lo que produce el capital que dejara para estos piadosos fines.

Por todo lo cual, no es de maravillar que en esta comarca fuera objeto de la admiración y veneración general, encomiando y ensalzando todos su acrisolada virtud y edificante ejemplaridad, que le merecieron el sobrenombre de *María La Monja*, aunque también en atención al hecho de haber vivido retirada en su casa como una religiosa en el claustro, consagrada a la contemplación, le dieron ese nombre. Mas esto no quiere decir, que solo cuidara de darse de lleno a los ejercicios de la vida contemplativa, desembarazándose de los de la activa; al contrario, tenía que atender a la dirección de los negocios domésticos, recría de ganado, y a la crianza y educación de numerosos sobrinos que por haber quedado en la orfandad, siendo niños de pocos años, recogió en su casa, cuales fueron, entre otros, los Rvdos. PP. Elías, Tomás y Baltasar de Lodares y Félix de Vegamián, así como el presbítero D. José Reyero.

Fué además tía carnal del modelo de párrocos y de arciprestes D. Lorenzo González y del P. Elías Fernández, S. J., de Vegamián. En su casa hospedó durante dos años a doce estu-

diantes de Latín, cuando se estableció en Loda-res cátedra de la lengua de Lacio, prestándoles la asistencia casi gratuitamente a impulsos del anhelo de verlos un día ordenados de sacerdotes, como en efecto lo han sido varios de ellos. De donde se infiere que su paciencia fué muy probada en el curso de su vida entera, y de una manera más asidua e intensa en el período de años, en que su hermano el rector padeció de enajenación mental; pero, en cambio, se hizo digna del elogio que tributa San Ambrosio a las vírgenes, cuando escribe: «Una virgen es un don del cielo y la alegría de sus parientes, ejerciendo en la casa paterna el sacerdocio de la castidad.»

Murió el 1912 a los 70 años, tan santamente como había vivido, asistiendo a su entierro y funeral gran concurso de fieles de la comarca y dieciséis sacerdotes, entre los que se hallaba su sobrino el P. Baltasar, quien, recordando al pueblo sus virtudes, conmovió tan hondamente al auditorio, que todos, hombres y mujeres, vertían copiosas lágrimas entre sollozos y gemidos.

Don Pedro García de Robles.—He aquí uno de los maestros que tantos discípulos tuvo de siete u ocho ayuntamientos, mientras fué preceptor de 1.^a enseñanza por espacio de cuarenta y cinco años en el concejo de Valde-lugeros.

Fué un católico a macha martillo; pero no por esto dejaba de figurar como maestro modelo. Prueba de ello es que a la memoria de este maestro sin par en mucha tierra han erigido en Tolibia de Abajo sus discípulos y admiradores una estatua, contándose entre los primeros los distinguidos escritores RR. PP. Getino, Suárez (Adriano), dominicos; Elías Reyero, jesuíta y Baltasar de Lodares, capuchino, autores de diversas publicaciones, y a la vez contemporáneos y conterráneos del insigne sabio P. Arintero, de la benemérita Orden de Predicadores, nacido, como el ilustre escritor P. Getino, en Lugueros, y de los PP. Jaime Barrio, jesuíta, Matías García, dominico y Atanasio López Fierro, franciscano; los tres competentes escritores y conferenciantes.

Del malogrado maestro de Lugueros, cuyo esmero en la enseñanza, podría recordarse con frecuencia por vía de ejemplo para argüir y dar un solemne mentís a los defensores vergonzantes de la escuela neutra o atea, fueron asimismo discípulos numerosos y acaudalados comerciantes, no pocos de los cuales, residen en Madrid, Asturias y América actualmente, distinguiéndose entre ellos D. Emilio Diez, vecino de Navia, quien, aparte los importantes donativos que hizo a la iglesia de su pueblo natal, Tolibia

de Abajo, regaló a éste una casa nueva para escuela de niños y a la iglesia otra nueva también para habitación del párroco.

Cátedras de Latín y Humanidades

Hubo las siguientes:

1.^a La de Boñar, que dirigieron cuatro o cinco «Dómines», siendo el último el seglar D. Sabino Sierra, que antes había explicado durante algunos años Latín y Humanidades en Tolibia de Abajo; «Dómine» piadosísimo.

2.^a La de las Bodas, a cargo del santo sacerdote D. Blas González Villa, muerto en Cerezales con gran fama de virtud.

3.^a La de Lodaes, dirigida por D. José Reyero, párroco de Villabalter ahora, y

4.^a La de Vegamián, que dirigió D. Angel Rodrigo, actual párroco de Cuadros, y antes el seglar D. Constantino Fernández.

Cuando existían estas preceptorías, que tenían generalmente cada año un promedio de cuarenta y cinco estudiantes, se puede calcular que procedente de ellas, ingresaban en el Seminario y en el claustro de los conventos de siete

a diez jóvenes todos los años, al paso que son contados los que en estos últimos años han concurrido de esta montaña a esos centros de formación religiosa y cultural, debido, no sólo a la extinción de toda preceptoría, uno de los medios más adecuados para llegar a contar con mayor número de sacerdotes, con que atender al normal régimen de las parroquias, y al desarrollo y propagación de la empresa acometida con gran alteza de miras por la Unión Misional, sino más bien debido a la mezquindad de la asignación eclesiástica, al resfriamiento del sentimiento religioso y a la codicia del dinero y de goces materiales, que hace que muchos antepongan al inestimable beneficio de la vocación el vellocino de oro que vislumbran en lontananza, o como si dijéramos, en Madrid, o en Asturias o Buenos Aires.

Ermitas

De las numerosas ermitas que han ido poco a poco desapareciendo de estas montañas, todavía hay vestigios y viva memoria de la de San Tirso, erigida al kilómetro de La Braña con espadaña en el Villarín, de la ermita de la Virgen de Vegarada en el puerto de este nombre,

a la cual tributaban especiales obsequios, singularmente durante las grandes nevadas de invierno los arrieros y caminantes, que iban y venían de Asturias; la de Santa Colomba, en el término de Lodares con una Cofradía que tenía cuarenta y cinco fincas, a la que pertenecían todos los vecinos del mismo y muchos de los pueblos de Reyero y Vegamián, que debían guardar, como consta en uno de los libros parroquiales, las fiestas de la Invención y Exaltación de la Santa Cruz, aparte de las muchas reses de ganado vacuno y lanar que tenía; y de otras ermitas cuyos nombres sería prolijo enumerar; todo lo cual prueba que en los pasados tiempos la devoción de los pueblos era muy ferviente y muy intenso el sentimiento religioso de los fieles montañeses.

Inscripciones

De entre las muchas inscripciones que pudiera estampar aquí, solo voy a trasladar las que pongo a continuación.

En la Capilla de San Adriano hay o había tres inscripciones; una de las cuales encierra esta sentencia moral:

*Qui in aula Dei ingreditur,
sine mente bona,*

*neque vota valent neque dona;
ergo malas mentes
deponant ingredientes*

Cerca de Isoba se descubrió una lápida hacia mediados del siglo pasado, con caracteres romanos, en la que se alude al enterramiento de un militar de la familia de los Flavios, y dice lo que sigue:

MANIBUS
ANNIUS DOMITIANUS
TITUS FLAVIUS, ARMIGER ROMANUS EJUS
NEPÓTI FIÉRI JUSSIT ANIMO LIBENTI
HIC SEPULTUS EST

Junto a Aviados refiere Vecilla y Castellanos que se encontró esta otra:

HARBAS ROMANUS
INCENDIUM DEDIT
CASTELLO CURIENI
REBELLIS HISBANI

Y en el escudo de la Dama de Arintero, que existe en una casa de Valdecastillo, puede leerse otra que dice así:

*Si quereis saber quien es
este valiente guerrero,
sacar las armas, vereis
que es la dama de Arintero.*

La que voy a transcribir ahora, se ve en la portada de una casa de Vegamián, que es muy verosímil haya pertenecido a un caballero de Santiago; es como sigue:

«Esta es la victoria que obtiene la fe, (San Juan cap. 5); pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino espirituales» (cap. 10).

En el dintel de la puerta de una capilla de Boñar hay una, con la siguiente sentencia:

Solum quod dabis, habelis

En la pared de una casa de Valdecastillo dice otra:

*Melius est nomen bonum,
quam divitiæ multæ*

Por fin todavía perdura esculpida el *Ave María* con caracteres indelebles en la portada de la casa en que nació el general Castañón.

Y en Valdeteja y Valverde hay casas que la tienen grabada sobre el arco de la puerta de entrada.

Clases sociales, privilegios y foros

Es harto sabido, que muchos habitantes de la montaña pertenecieron a las antiguas clases sociales, como señoríos e hidalgos, y que determinadas villas, cuales son Valdeteja y Lillo, disfrutaron de singulares privilegios y de señala-

das mercedes consignadas en los fueros y cartas pueblas.

Pero conste también que hubo en gran número tierras y heredades dadas a *foro*, redimidas ya casi en su totalidad, unas a fines del siglo pasado y otras a principios del actual.

El Cura y el Aldeano

Es bien notorio, como escribe Chateaubriant, que al clero se le debían aquellos restos de buenas costumbres que aún se conservaban en las ciudades y en los campos; en prueba de lo cual voy a dejar aquí consignado, por vía de ejemplo, lo que se lee en un libro de ésta de mi cargo con el epígrafe siguiente:

MANDATOS que el Sr. Obispo de León Fray José de Lupia en la Visita Pastoral de 1743 hecha a este Arciprestazgo, dispuso fueran leídos al ofertorio de la misa popular el domingo inmediato, de este modo:

1.º Que el cura no permita que mujer alguna vaya a las paradas, y a la que fuere, la multará y también al mozo y dueño que lo permitieren, aplicando las multas para la lámpara de la iglesia.

2.^o Que el Cura no permita bailes de hombres con mujeres en casas, ni en calles, y si alguno delinque, le multará en un ducado por cada vez, y a la tercera le denunciará a la Justicia real, y

3.^o Que no permita que en los días festivos se tengan concejos, a no ser para dar cumplimiento a alguna real orden o despacho de Juez superior; procurando, en este caso, que dichos concejos no duren más de dos horas, y que las multas y prendas que se echan, no se consuman en vino.

Demás de esto, todavía a últimos del siglo pasado el Cura castigaba en distintos pueblos a los que a escondidas salían en día festivo al campo y a las eras a ejecutar cualquier faena agrícola, y a los que daban escándalos públicos, imponiendo a los primeros la obligación de dar, por ejemplo, una vela para el culto, y a los segundos tal vez la de oír misa los domingos al pie del altar mayor; de suerte que todos vieran con sus propios ojos que quería enmendarse de veras y de reparar el escándalo. ¿Y quién ignora que en muchos casos intervenían, pacificando las familias, evitando pleitos y siendo el paño de lágrimas de los que sufrían? Aquí sucedía, en efecto, casi igual, que en otras regiones y pueblos, como en Zarapicos (Sala-

manca), donde en casos de divergencia entre vecinos se procedía al arreglo de la cuestión, conforme declara en «Revista Eclesiástica» el párroco de ese pueblo en estos términos:

«Cuando entre los vecinos haya diferencias que dirimir, se prescindirá por completo de los tribunales de justicia y sólo recurrirán al párroco que los citará a la misa de conciliación, y el día señalado acudirán a la Iglesia los litigantes, y en el portalejo expondrán sus razones al párroco, quien después de escucharlas, pronunciará su inapelable sentencia, oyendo acto seguido la Misa, echando ambas partes la señalada limosna en el cepillo de las Ánimas.»

Además, el párroco es la religión clamando en medio de la sociedad, y lo que él no haga, difícilmente podrá hacerlo otro; y la representación de la regla próxima de la fe que ha de salvar las almas, y un hombre verdaderamente popular que, sin parecer grande, lo es en efecto, y sin aparato de autoridad, dicta leyes a los pueblos.

Por lo demás, nadie ignora, como añade el autor del *Genio del Cristianismo*, que el rústico, el aldeano sin religión es una fiera que no conoce freno de educación, ni de respeto humano...

Mas por un milagro asombroso, este mismo hombre naturalmente perverso se convierte en

manos de la religión en un hombre excelente. Entonces se vuelve tan valeroso, cuanto era antes cobarde y su deslealtad e ingratitud se transforman en una fidelidad a toda prueba y en un agradecimiento sin límites. Comparad aquellos hombres impíos que profanaban las propiedades y quemaban a fuego lento a las mujeres, a los niños y a los sacerdotes con los vendeanos, que defendían el culto de sus padres, y que eran los únicos libres, cuando Francia gemía bajo el yugo del terror, y veréis la diferencia que puede establecer entre los hombres la religión.

Podrá culparse, continúa dicho autor, a los curas de ignorantes. Mas, a pesar de todo, la sencillez de corazón, la santidad de vida, la pobreza evangélica y la caridad de Jesucristo constituía de ellos uno de los órdenes, *el más respetable de la nación*.

Se han visto muchos de ellos que parecían, más que hombres, ángeles benéficos destinados al alivio de los miserables.

Muy a menudo se quitaban el pan de la boca para alimentar al menesteroso y se despojaban también de sus vestidos para cubrir con ellos la desnudez del indigente «que es lo que hacen hoy muchísimos, a pesar de sus escasos recursos».

¿Quién de nuestros soberbios y presuntuosos filántropos querría que le despertaran a media noche en el rigor del invierno para ir lejos a administrar en el campo los sacramentos al moribundo expirante en un lecho de paja?.....

¿Quién, concluye, de nosotros quisiera separarse del trato de la gente afortunada para vivir perpetuamente entre los dolores, y en pago de tantos beneficios recibir tan solo al morir la ingratitud del pobre y la calumnia del rico?»

Pues bien; a pesar de tantos beneficios como hace a la sociedad y, por tanto, a la montaña el cura párroco, solo Dios sabe cuánto tienen que sufrir los resignados curas rurales al contemplar el estado deplorable y lastimoso de nuestras iglesias, cuya menguadísima asignación no da para atender a las reparaciones necesarias y al experimentar en sí mismos los efectos de la mezquina e irrisoria dotación que perciben, harto insuficiente con relación a las necesidades de la vida moderna, a que han de atender, sin que les sea dado eximirse de pagarles su tributo, como los demás. Y lo malo es que todavía hay quienes creen que las cuatro pesetas diarias que cobran los curas rurales equivalentes a una y media de antes de la guerra europea, son muchas pesetas, como si los curas pudieran vivir del aire como los camaleones.

No sucede así en Norte América, donde la generosidad de los católicos es extraordinaria, puesto que allí el cura tiene una de las más bellas casas y su automóvil, y los católicos no quieren que su cura se encuentre en una situación inferior al abogado, al médico y mucho menos al pastor protestante.

Sencillez de vida y costumbres morigeradas de los montañeses

Nadie ignora que los pueblos montañeses han perdido ya algo de su carácter local, debido, sin duda alguna, al airecillo de *ilustración* que en toda la montaña corre ahora, al que hay que atribuir la revolución operada en las costumbres, hoy menos clásicas que antes y más amoldadas al espíritu moderno y a otras costumbres, singularmente, allí donde han penetrado el ferrocarril y la piqueta del minero, o también la periódica inmigración de gentes exóticas, de modo que al paso que hoy caminamos, los pueblos de la montaña no tendrán costumbres propias, aunque todavía vemos que los moradores de la montaña llevan por lo común

en su vida impreso el carácter de sencillez y de ingenuidad con otros rasgos que los distinguen de los de otras regiones, lo que me hace exclamar con el autor de *Escenas Montañesas*: ¡Desgañitáos, hombres de la ciencia, para *ilustrar* a la humanidad, afanáos en *perfeccionarla* para hacerla más feliz a costa de lágrimas y sudores; pero estudiad a estos hombres y tomad en cuenta la tranquilidad de su espíritu» y no nos encomiéis tanto los modernos adelantos, que por lo general han servido para enseñar a matar a los hombres. Testigo, la guerra europea.

No tendrán, bien lo veo, los montañeses casas tan bellas y confortables, como los de las ciudades, pero en cambio disfrutan de aires más puros y de la influencia benéfica de los rayos solares por más tiempo que los de capitales de densa y populosa población.

Cierto también que la montaña es un país de pobres comparada con otros países; pero es asimismo verdad que el ser pobre y honrado es una de las mayores virtudes.

Se podrá asimismo calificar a los montañeses de gente atrasada, ignorante y ordinaria, si se tiene el concepto de que la verdadera civilización consiste en la blancura del cutis, en el esmero en el corte del vestido, en frecuentar teatros, cines y casinos, en habitar suntuosos

palacios o casas de muchos pisos y en leer novelas y revistas. Mas como quiera que la verdadera civilización consiste principalmente en saber vivir de tal modo, que, al morir sea llevado por los ángeles, como el mendigo Lázaro, a la mansión del eterno descanso.

Por esto y por estar plenamente convencido de que, al fin de la jornada el que se salva, sabe; y el que no, no sabe nada, sostengo sin ambages que anda más adelantado el humilde labrador, que cumple la ley de Dios, que los que aparentan ser muy superiores a él, sin pensar en el fin para el que han sido criados.

Con esto no quiero decir, que todos los montañeses sean modelos de virtud; pues sé muy bien que hay algunos que se comportan mal, no queriendo contribuir como los demás, a los gastos del culto, ni guardar en el templo el debido silencio, ni reverenciar a los sacerdotes.

De todos modos, como nadie hasta el fin puede cantar victoria, cuando los que han salido de la montaña, y viven en las grandes capitales, salvo raras excepciones, de espaldas al templo, sin practicar la religión, regresen al *terruño*; antes de mirar con desdén a sus conterráneos, debieran considerar que aquí recibieron cristiana educación y admirables ejemplos de laboriosidad, de sobriedad y de la vir-

tud del ahorro de sus progenitores; todo lo cual habrá contribuido a que ellos hayan conservado la virtud de la honradez que distingue a los montañeses, residentes en Madrid y América, y adquirido muchos de éstos la respetable fortuna de que hoy disponen, aparte de que, si desprecian a los que viven amarrados a la esteva del arado, pudiera acontecer que éstos aparecieran en el Valle Josafat circundados de una luminosa aureola de gloria y de victoria, cuando ellos es posible que se vean forzados a cantar la palinodia, confesando, a pesar suyo, que el tan decantado progreso moderno fué una farsa, una mentira.

Por de pronto comprueba la experiencia que es mejor la condición de los que mueren en la montaña, por lo que toca a la inapreciable posibilidad y envidiable oportunidad de recibir los últimos sacramentos, que la de aquellos, hablando en tesis general, que habiendo salido de ella, fenecen en las grandes ciudades, por cuanto los de *aquí* casi todos reciben al expirar los auxilios de la religión, al paso que en los otros sucede esto en mucho menor proporción.

Por eso y con la vista fija en el *día de la ira* declaro sinceramente que no me entusiasma el progreso de algunos pueblos, como el de los Estados Unidos, aunque allí haya magnas em-

presas de publicidad, anuncios luminosos, carteles de chillón, gigantes financieros y periódicos de veinticuatro páginas diarias, porque, esto no obstante, tenemos los españoles algo que no tienen los norteamericanos, en cuyo país, como afirma la «Revista Eclesiástica», la mentalidad del inmenso público, que ignora la historia de sus inmortales destinos, no flota a un palmo siquiera del suelo, siendo el gran dogma de la nación el utilitarismo bajo, preocupándole muy poco los valores morales y espirituales, que se hallan muy depreciados; ideología rastrera y naturalista que rebaja al hombre, «aunque muchos necios crean que lo eleva» y le sirve de pesado lastre para no permitirle cernerse por encima de las cumbres, en donde fulgen los altos ideales; y de aquí que un grupo selecto de norteamericanos conciban un inmenso desdén por la moderna civilización, deseando para su patria los altos ideales y los hondos sentires del alma española filósofa y creyente.

Por lo demás, es bien sabido que las costumbres de nuestros mayores eran verdaderamente patriarcales, toda vez que profesaban gran respeto y veneración a la autoridad paterna, civil y eclesiástica, lo mismo que a la ancianidad; fomentábase entre ellos el amor al terruño de una manera más firme e intensa que ahora, y el

afecto más visiblemente que en la actualidad entre las familias, cuyos miembros se favorecían con menor egoísmo; y si las costumbres en algunos aspectos no eran laudables, por lo común eran más sanas y, sobre todo, procuraban conservar mejor las tradiciones domésticas y la verdad religiosa, en cuya comparación todas las ventajas del progreso moderno valen bien poca cosa.

También he de hacer resaltar que nuestros mayores en el uso de alimentos y bebidas procedían con sobriedad y moderación tales, que, aun cuando no habían oído hablar del régimen mixto vegetariano preconizado por los médicos naturistas, apenas comían más que sopas, legumbres, patatas, y un diminuto trozo de carne de cerdo al mediodía o de cecina, pero ésta en pequeña cantidad y no en muchas casas, consistiendo el desayuno y cena en tomar exclusivamente alimentos igualmente del reino vegetal; lo que no era óbice para que vivieran más años que sus descendientes. Y en cuanto a la bebida, baste saber que la leche, el mejor de los alimentos por contener la mayor cantidad de ázoe, era, como hoy, de uso corriente entre ellos, pero bebían poco vino, que tomado en gran cantidad, se convierte en *fuego interno*, se abstenían del alcohol, que causa efectos destructores,

como son enfermedades del corazón, vejiga y riñones, las almorranas y el cáncer; del café casi nadie hacía uso, y no les iba mal por eso; pues, según dicen los médicos, causa trastornos digestivos, paraliza los nervios, conduce a la anemia, perjudica gravemente a las mujeres y a los niños, para quienes es un veneno que conduce a la tumba, y es causa de las siguientes enfermedades, cuando de él se abusa: clorosis, cáncer estomacal, congestiones, calambres y hemorroides. La cerveza, que conduce si se toma mucha, a la hidropesía, gota, apoplejía y diabetes, no la conocían.

En suma, dada la vida sencilla y morigerada, tanto de los antiguos, como de muchos montañeses de hoy, no le cuadraría mal al habitante del campo de la montaña de los versos que siguen:

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida senda
por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

.....
¡Oh monte! ¡Oh fuente! ¡Oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
roto casi el navío,

a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

.
Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo
a solas sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza y de recelo.

.
A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada,
me basta y la vagilla
de fino oro labrada,
sea de quien la mar no teme airada.

FRAY LUIS DE LEÓN
(Agustino)

Salta del lecho el labrador avaro,
que las horas ociosas aborrece,
vuelve de noche a su mujer honesta,
que lumbre, mesa y lecho le apercibe.
Y el enjambre de hijuelos le rodea,
fáciles cosas cena con gran fiesta,
el sueño sin envidia le recibe,
¡oh corte! ¡oh confusión! ¿quién te desea?

ARGENSOLA

La Montaña en los últimos tiempos

Devoción al Angelus.—Como en tiempos todavía no muy lejanos, siguen profesando los montañeses especial devoción al Angelus, plegaria dulcísima, místico efluvio del corazón cristiano, y oración tierna y poética, dice un autor, con que las almas piadosas saludan a la Reina del Cielo al amanecer el día, al medio día y al tender la noche sobre la tierra su negro manto de sombras.

Los que hemos nacido en este bendito suelo, que el Creador nos dió por patria, observamos que son escasas las familias que dejan de rendir, al toque de las Oraciones, el homenaje de sus amorosos obsequios a la Virgen María, mediante el rezo de las tres Ave-Marías, siguiendo el ejemplo de sus antepasados, que en el campo y en el juego de bolos, lo mismo que en sus casas recitaban al oír el tañido de la campana, la salutación angélica.

Tan arraigada debía estar en los corazones de los montañeses que nos precedieron, la devoción al Angelus, que no sólo en los dinteles

de las puertas de sus casas grababan con caracteres indelebles el *Ave-María*, sino que había muchos que, al morir, dejaban algunas fincas a sus herederos con la obligación de tocar las campanas al amanecer, a las doce del día y al anochecer. Conste, por de pronto, que todavía hay predios y heredades, como ocurre en Valdecastillo, Lodaes y Arintero, llamadas del *Ave-María*.

Bien se puede afirmar, por tanto, que los montañeses sentían tan dulce atracción hacia el Angelus, excitada por el misterioso sonido de las campanas, como Napoleón cuando decía: «El toque del Angelus me falta en Santa Elena. No puedo yo acostumbrarme a no oírlo. Nunca hirió a mis oídos el sonido de las campanas sin llevar mi pensamiento a las impresiones de mi infancia. Cuando yo oía el Angelus bajo los bosques de Saint Cloud, frecuentemente me creía ideando algún plan de campaña o alguna ley del imperio, pero sencillamente daba descanso a mi pensamiento, dejándome ir a las primeras impresiones de mi vida. La religión, pues, es el reino del alma y el áncora de la desgracia».

Villancicos.—Estuvo muy en boga en el siglo pasado en parte de la montaña, al menos, la representación del Nacimiento del Señor, a

la que se refiere el Quijote, cuando dice que Crisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacía los *villancicos* para la noche del Nacimiento del Señor, que los representaban los mozos de nuestro pueblo y todos decían que eran por el cabo; datando los primeros ensayos y representaciones de los villancicos de mitad del siglo XIII, en que ya se hacían en las iglesias y fuera de ellas, según una ley de partida citada por Jovellanos.

De ellos hace este férvido elogio Chateaubriant: los villancicos de nuestro abuelos tenían también su mérito, puesto que en ellos se notaba la sencillez, el candor y el verdor, digámoslo así, de la fe, teniendo las escenas rústicas que pintaban, un gracejo particular en boca de una sencilla aldeana, siendo en vano buscar tonos más melódicos y una religión más conveniente a una madre, que refiere a sus hijos, que la escuchan embelesados, la historia del Niño Jesús y de su pesebre, acompañando el ruido del uso a sus hermosos cantos.

La caza en Pardomino.-A este monte continúan yendo, cuando caen copiosas nevadas, algunos cazadores de los pueblos inmediatos en persecución de jabalíes, osos, corzos, garduñas y lobos, que tanto abundaban en tiempos pasados en este famoso monte, a causa

de su gran espesura y extensión, siendo uno de los más seguros albergues de esas fieras silvestres, las cuales en los días de las grandes nevadas se dispersaban, acuciadas por el hambre, por las cercanías de los pueblos colindantes, según nos contaban en la niñez nuestros abuelos que a veces veían hatos de diez y doce lobos y de otros tantos corzos y jabalíes; por lo que les era fácil darles alcance, aun sin el auxilio de la escopeta.

Entonces era frecuente que salieran a cazar a Pardomino en uno o varios días 20 o 25 Monteros, quienes, puestos en los lugares más estratégicos, ponían en movimiento a todas las fieras del bosque, haciéndolas salir de sus madrigueras al estruendo de los disparos de sus escopetas, viniendo a ser aquellas cacerías tan ruidosas y aparatosas, como las antiguas monterías, en las que tomaban parte los grandes y señores, los ballesteros y halconeros y los caballeros y escuderos de la edad media, con muchedumbre de perros y con grande aparato y comitiva, vestidos bizarramente y armados al propósito, y llevando atabales, bocinas y trompetas.

La emigración a América.—Del año 90 al presente, la emigración al Nuevo Mundo ha ido casi siempre creciendo, excepto cuando el período de la guerra europea en que cesó to-

talmente por temor a los ataques de los submarinos alemanes. Mas en estos últimos años de la postguerra volvió a recrudecerse la fiebre de la emigración a América en tales proporciones, que al paso que vamos, muchos pueblos quedarán reducidos a una tercera parte del vecindario, puesto que los jóvenes, esperanza del porvenir, abandonan el terruño en gran número en busca de mejor suerte, si bien todavía son más numerosos los emigrantes que parten de los pueblos de las montañas del Curueño y Torío, donde hay aldeas en que apenas se encuentran mozos de 15 a 25 años.

Cierto que anteriormente al año 90 ya había mucha emigración, pero entonces la corriente emigratoria discurría por otros cauces, sin llegar al extranjero, ya que unos se dirigían a Madrid y Andalucía con el fin de hallar empleo en las vaquerías y cortijos, y otros a Extremadura a guardar merinas, no siendo escaso tampoco el número de hombres y mujeres que en verano salían a la siega y en el invierno a esparar lino a las riberas, respectivamente.

Verdad es que entonces, como ahora, la emigración era y sigue siendo, hasta cierto punto, conveniente, porque la agricultura y la ganadería, principales y casi únicas fuentes de riqueza de la montaña, no bastan a resolver el proble-

ma del cómodo vivir de los naturales del país, y de ahí que muchos se vean obligados a abandonar los patrios lares, con la halagadora esperanza de hacer fortuna, la cual, según demuestra la implacable realidad, no siempre sonríe y acompaña a una gran parte de los que en ella pusieron su vana confianza.

Sin embargo, de esto a los niños diré con el insigne novelista y pintor de costumbres, santanderino, José M.^a de Pereda, les acomete el afán de emigrar a América a la edad de doce o trece años, siendo su único anhelo la independencia con un *Don* y mucho dinero. Y, según ellos, no hay más camino para conseguirlo que irse «a las Indias»... Los abismos del mar, los estragos de un clima ardiente, los azares de una fortuna ilusoria, el abandono, la soledad en medio de un país tan remoto... nada les intimida; al contrario, todos estos obstáculos parece que les excitan más y más el deseo de atropellarlos. ¿No es cierto que en América es de plata la moneda más pequeña de cuantas usualmente circulan? Pues un montañés no necesita saber más que esto para lanzarse a esa tierra feliz; la vida que en la empresa arriesga le parece poco, y otras ciento jugara impávido si otras ciento tuviera.

De todos modos, es un hecho por demás

triste y doloroso que los pueblos se despueblan a causa de la ausencia de los jóvenes del sexo masculino, cuya permanencia contribuiría efectivamente a la realización de muchas uniones matrimoniales que no se llevan a la práctica con los consiguientes daños que han de afectar necesariamente a tantas mujeres solteras.

Casas, vestuario, et alia.—Hasta el último tercio del siglo pasado, en muchos pueblos, las casas tenían la mayor parte el techo de paja, las cocinas tenían figura de campana, sin trébede, como a principios del siglo xix las había en muchas provincias y comarcas de España, y todavía, durante los dos primeros tercios del siglo último, había pueblos que carecían de local de escuela propiamente tal, siendo el pórtico de las iglesias el lugar en que daban sus lecciones los maestros a la juventud escolar.

También es de notar, que hasta pocos lustros hace, el vestuario de los hombres consistía en usar sombreros de paño con amplias alas y gorros de pieles, chaqueta y pantalones de sayal, anguarinas y zajones; zamarras los pastores y de calzado borceguíes; el de las mujeres se reducía a vestir pañuelos para abrigar la cabeza, y el pecho sobre los jubones, manteos y *rodaos*, mantillas y regociños, y para calzar, usaban en invierno escaarpines, como los hom-

bres. Todas estas prendas exteriores, lo mismo que las interiores, excepto alguna que otra, eran confeccionadas en los mismos pueblos, y varias de ellas por los que las gastaban. Entonces, por lo general, no necesitaban recurrir a los comercios, porque el lino se cultivaba en la montaña y la lana abundaba, y tanto la lana, como el lino, se hilaba en los pueblos donde había pisones y telares. Por entonces, sólo se usaban carros del país, con ejes de madera y ruedas de esta materia. También tenían algunos carros con toldo, con los que bajaban a Campos para transportar cubas de vino a la montaña.

Además de esto, en casi todos los pueblos existían en mayor número que ahora muchas parejas de bueyes, molinos sin cernido, pues éste se ejecutaba en las casas particulares por medio de cedazos y rebaños de merinas en el verano; la siembra de patatas era muy escasa y la recría de ganado vacuno lo mismo.

Todavía había a últimos del siglo pasado en la mayoría de los pueblos gran número de infortunadas y sencillas aldeanas que durante el invierno se dedicaban a la ímproba e ingrata tarea de hilar lino y lana por una mezquina retribución, mientras otras se ocupaban en espadar y tejer en los telares que existían en casi todos los pueblos, siendo por entonces muy fre-

cuenta ver a muchos asturianos, que venían a vender almadreñas y diversos productos de su país y a no pocos pasiegos que con sus cuévanos a cuestras recorrían las aldeas, vendiendo telas; en tanto que los argollanos, dedicados al tráfico y ejercicio de la arriería, solían ir a Asturias, con el fin de importar y exportar ciertos productos por caminos reales y senderos pésimos como en realidad de verdad eran los que había entre los pueblos de las riberas y los de Cármenes y Valdelugueros, pasando por las Hoces respectivas, en las que hay, como en las de Valdelugueros, seis sólidos puentes, que algunos naturales del país, opinan que fueron construídos en tiempo de Carlos III, añadiendo que antes los habitantes de esa comarca bajaban a La Vecilla y Boñar por otros atajos; pero lo que no admite duda, es que sin esos puentes de piedra u otros anteriores de madera se hacía imposible caminar por dichas Hoces, dado que allí no hay más que horrendos precipicios, desfiladeros y gargantas. Es más; aun después de construído el camino de herradura no podían pasar por él otros vehículos que los *forcados*, *carros* sin ruedas, hasta que casi por el mismo sitio se llevó a efecto hace veinte años la carretera de La Vecilla a Collanzo.

Por otra parte, he de hacer notar que la

parte laborable de la montaña, no era tan extensa como la de ahora, a pesar de cultivar, como hacían numerosos pueblos, tierras situadas en las alturas.

Por entonces, los jornales ascendían a una o dos pesetas cuando más, conforme a las estaciones del año y diversidad de las labores, y el dinero no circulaba tanto, como hoy en día, en que se come y se viste mejor, si bien las necesidades creadas por las exigencias de la vida moderna son de día en día más difíciles de llenar.

Asuntos varios

Etimologías.--He aquí la significación más probable de los nombres de los siguientes pueblos:

Cáticas, nombre con que antiguamente fueron conocidos los baños de San Adriano.

Colle, de la palabra latina *Collis*, que significa Collado.

Bustomediano, de la palabra *bustum* que significa hoguera.

Oville, del nombre *ovilis*, corte de ovejas o sitio apropiado para ellas.

Lugán, de *lucus*, bosques.

Solle, de *sub colle*, bajo de la Collada.

Cofiñal, de *confinar* por hallarse casi en los confines de Castilla, Asturias y Cantabria.

Lillo, o bien de *lilium*, lilio, o bien de la antigua familia de los Colios romanos que militaron en la legión séptima gémina.

Valdecastillo, de valle del Castillo.

Valdorria, de valle hórrido.

Valdeteja, de valle de la teja o tejo.

Pardesivil puede significar jardín junto al camino.

Cándana, puede interpretarse pueblo antiguo

Tolibia, soledad o sitio solitario, y ciertamente que soledad sería toda esa tierra mientras hubo otras mejores que poblar.

Lugueros, puede interpretarse estrechos, gargantas, fauces o foces como hoy dicen.

Ciruyeda puede significar castillos, fortalezas o sitios inaccesibles e inexpugnables (1).

El Señorío de Vegamián, et alia.

Según Alba fué donado a los sucesores de San Froilán por D. Fernando II hacia mediados del siglo XII, siendo el primero en adquirirlo y disfrutarlo el Obispo D. Manrique.

El de las Arrimadas, afirma el mismo autor, lo recibieron del Estado, en quien recayeron

(1) Vid. Alba, Hist. de la M. de Boñar.

todas las pertenencias de la Orden de los Templarios, cuando se decretó su extinción y supresión, añadiendo que en Barrillos de las mencionadas Arrimadas tenían un convento, cuyos religiosos o tal vez los caballeros de Santiago custodiaban el camino, que pasando por Puerta Gallega, servía de guía a los peregrinos que iban y volvían de Santiago de Galicia.

En Boñar y Lillo hubo dos hospitales de peregrinos, uno en cada pueblo, y en el último un mercado cubierto (1).

A fines del siglo xvi una parte de la baja montaña se despobló.

Un documento curioso, de esta época dice: «En el valle de Colle andan ahuidos por los montes..... el barrio del Obispo cierto se despuebla..... dales un hinchazón tras los oídos o a otros en los sobacos, o a otros en las ingles el que se le arrebieta esta postema escapa y al que no se le arrebieta muere..... grandoso esta despoblado..... en Oville han muerto catorce personas y el clérigo que se llamaba Alonso García que fué a ver a su madre que estaba mala en colle y le dió la enfermedad..... en la serna ques media legua del Encina le dió a un mochacho la enfermedad y a su madre y la jos-

(1) Vid. Alba y autor de «Susarón».

ticia los tapió en una casa y por unos agujeros les dan de comer..... y así se guarda el pueblo muy bien».—Doc. brabo.

El año 53 del siglo pasado fué favorecido el pueblo de Cofiñal con una colecta de once mil pesetas que el Illmo. Sr. Barbajero, Obispo a la sazón de León dispuso se hiciera en la Diócesis para aliviar la aflictiva situación en que se hallaba ese pueblo, como consecuencia de un incendio, cuyas voracísimas llamas redujeron a cenizas y convirtieron en escombros brevísimamente sesenta y una casas, de ochenta y cuatro que tenía el pueblo.

En el verano del año 8 del siglo actual comenzóse a cantar en distintas parroquias la misa de *Angelis* gregoriana, la cual, según he venido observando, gusta al pueblo fiel, cautivándole y embelesándole la bella sencillez de su tono, que es serio como el hombre y grave como la religión, a quien canta y rinde homenaje; y si se objeta que es monótono, yo respondería a esto, que después de haberla ensayado en cuatro pueblos y de haberla oído cantar cientos de veces, me emociona más aún que las más bellas canciones profanas, las cuales, si producen exaltaciones efímeras y pasajeras, llegan luego a fatigar y a causar hastío. ¡Lástima que el canto gregoriano, que eleva la mente y con-

mueve el corazón inspirando piadosos sentimientos y predisponiendo al recogimiento interior no sea ejecutado por multitud de voces concordantes, armónicas y afinadas, cuyo concierto sería capaz de cautivar y suspender los sentidos en éxtasis de arrobamiento, cual si uno contemplara el majestuoso espectáculo de la naturaleza!

Mas si el canto gregoriano se ejecuta mal; es decir, sin multitud de voces, sin alguna unción sin sentimiento y sin las más rudimentarias nociones de música, no es de maravillar que le acompañe el desprestigio, y eso que es el canto gregoriano, al decir de J. Vallejos, suave, profundo y armonioso como una nube de incienso, que ondula en giros perfectos, sin que se advierta dónde acaba un modo y comienza otro, subiendo al cielo traslucido y sutil, como las almas predestinadas.

El 6 de mayo de 1924 apareció por vez primera en el horizonte de esta montaña un aeroplano, que, dirigido por intrépidos pilotos o aeronautas muy por encima de los más altísimos montes, navegaba majestuosamente y con raudo vuelo hacia Asturias, causando en todos los observadores tan maravilloso fenómeno súbita admiración y emoción inenarrable, por ser sin duda la primera vez que veían casi

todos los montañeses cruzar el espacio a un aeroplano, cuyo vuelo parece aún más grandioso y majestuoso visto en las montañas, que en las dilatadas llanuras de Castilla.

Por fin, quede aquí consignado que la fundación de los Colegios de enseñanza en Boñar y Lillo dirigidos por Religiosas, data de muy pocos años, lo mismo que la instalación de las fábricas de fluido eléctrico en esta montaña y la construcción de las carreteras que la cruzan.

Religión e instrucción de los montañeses

Aunque las creencias religiosas de los actuales montañeses no parezcan tan robustas y tan recias como las de sus antepasados, se echa de ver, sin embargo, que aún perduran muy profundas las convicciones católicas y muy vigorosos los sentimientos religiosos, en una gran parte al menos de los montañeses de La Vecilla y en todos los de Riaño, siendo causa la religión de que, bajo su influencia, se hayan formado nuestras ideas, nuestros hábitos, nuestras costumbres y todo cuanto tenemos y todo cuanto somos. Y si ciertamente no nos forjamos ilusiones, ni dejamos de contar con la merma

producida algún tanto en la fe, debida a las circunstancias de los tiempos, sabido es, con todo, que no se cambia en un día ni en un siglo la fisonomía de un pueblo, ni fácilmente se le hace mudar de costumbres, de ideales ni de actitudes, y mucho menos cuando el principio religioso se mantiene firme y enérgico como en estas montañas, cuyo rasgo más saliente y expresivo es, sin duda, la fe religiosa que en sus almas albergan sus hijos; de suerte que puede asegurarse, sin la menor exageración, que los fieles son tantos como los habitantes, los cuales, salvo rarísimas excepciones, asisten al templo en los días festivos y cumplen con el precepto Pascual, lo que, además, constituye un timbre de honor para estas montañas evangelizadas por el gran San Froilán y uno de los más seguros albergues e inexpugnables baluartes de las huestes del invicto D. Pelayo.

Así que, en este sentido, la montaña, aun cuando no esté muy adelantada en orden a la civilización material, no por eso debe tener pena ni envidiar a los pueblos que se vanaglorian de tal civilización, porque ésta toca inmediatamente a los cuerpos, al paso de la civilización moral y religiosa, mucho más noble y elevada, toca inmediatamente a las almas, por lo cual otros pueblos, de fe menos ardiente no tienen

derecho para motejarnos de retrógados mientras no dejemos apagar la luz de nuestras creencias que nos alumbran para conocer que la vida del hombre sobre la haz de la tierra es como flor de un día, y juegos de niños o de insensatos todas las preocupaciones, afanes y cuidados que tienen por único objeto la consecución y goce de los bienes terrenos con olvido completo de los intereses eternos.

Bajo ese punto de vista, pues, bien puede asegurarse que nuestros mayores estaban aún más adelantados que nosotros, puesto que en el fondo eran más religiosos y tenían más devoción a Jesucristo y a su santísima Madre; a Jesucristo porque hasta en los días laborables asistían en mayor número y con mayor frecuencia al sacrificio incruente de la santa Misa, al Vía Crucis en cuaresma, a la administración del santo Viático y porque tenían en muchos pueblos establecida la Cofradía del Santísimo y, en sitios determinados, suficiente número de álamos o chopos con el exclusivo fin de emplear el ramaje en adornar y engalanar las calles de los pueblos el día del *Corpus*, llevando los de ciertos pueblos los ramos que se ponen por las calles a los sembrados para alejar daños futuros, aunque es de justicia consignar que todavía hay pueblos que conservan alamedas destinadas

exclusivamente a dicho objeto; y a la Santísima Virgen, porque, por amor y afecto hacia ella, se imponía, como en nuestros días el dulce nombre de María a muchísimas recién nacidas, se practicaba el rezo de las tres Ave-Marías al toque de las oraciones en la calle pública, en las casas a las horas de comer, y se recitaba el rosario en familia tal vez más frecuentemente que hoy día, aparte de que a la Virgen María se la invocaba espontáneamente en los peligros, le consagraron muchas festividades e iglesias y en todas un altar, y se emprendían no pocas peregrinaciones a los santuarios dedicados a su culto.

También solían, en los tiempos pasados, como hacen en los nuestros, honrar de un modo particular al Señor en las festividades de la Invencción y Exaltación de la Santa Cruz, al Angel de la Guarda, a San Isidro Labrador, absteiniéndose de uncir los ganados de labranza, y al Santo de los milagros, San Antonio de Padua, a quien recurren con gran confianza.

Quizá no falte quien, al leer esto, exclame: ¡todo ello no merece la pena de ser estampado en letras de molde!, en tanto que acaso dé la mayor importancia a las pequeñeces y minucias que exponen infinidad de novelas y otros libros de peligrosa lectura. Mas, dígase lo que se quie-

ra, no creemos indigno ni impropio de una pluma honrada, siquiera sea tan tosca como la que estos caracteres graba y cincela, recordar con cariño nuestras religiosas tradiciones y poner de relieve la huella profunda que en nuestras costumbres ha hecho la única religión verdadera, porque, parodiando al gran poeta portugués Guerra Junqueiro, arrepentido de sus errores unos meses antes de su cristiana muerte, cuando exaltaba la religiosidad del pueblo portugués, cristiana y nativa: «ésta debemos conservarla pura y ardiente, pues los triunfos y conquistas de Napoleón no valen la lágrima de un santo ni las pompas de sus victorias valen más que el sayal de San Francisco, ni el clamor de las apoteosis guerreras valen el murmullo débil de la oración volando a Dios de los labios de un justo».

Los montañeses van por buen camino

Perseverando tan adictos a la fe católica los habitantes de la montaña, como hasta ahora, pueden reírse de todas las prédicas y peroratas de los espíritus fuertes, que pretenden demos-

trarles que los dogmas son todo mentiras; las creencias, supersticiones y los curas, unos hombres que no tienen otra misión que la de apagar las luces del progreso, manteniendo a los pueblos en la ignorancia y en las densas tinieblas del oscurantismo, de las que ellos quisieran sacarlos a la luz que por todas partes difunden los esplendorosos principios del liberalismo; error que consiste en emanciparse de la jurisdicción de Dios sobre los hombres y las sociedades, y que defienden los colectivistas y comunistas con un sinnúmero de absurdos y utopías irrealizables, que si bien parecen muy halagüeñas, siendo muy cómodo creer en ellas, en el trance supremo de la muerte no ofrecen la seguridad que dan a los creyentes los principios de la religión católica, como se vió obligado a confesarlo Felipe Melanctón, el famoso discípulo de Lutero, cuando estando para morir su madre, le dijo a ésta: «Madre mía, la doctrina protestante es la más cómoda; pero la católica es más segura».

Así que, los sencillos habitantes de las aldeas montañosas van por buen camino, sin que tengan por qué arrepentirse de profesar la verdadera religión, y serán más felices que los indiferentes e incrédulos que sólo atienden a lo presente, sin cuidarse de lo venidero, aparte de

que van en tan buena compañía, que debieran envidiarla los secuaces de la incredulidad, ya que son creyentes, como entre otros grandes genios de la humanidad lo han sido: Orígenes, el astro más luminoso de su siglo; San Agustín, el Águila de Hipona; el Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino; Rogerio Bacon, a quien se atribuye la invención de la pólvora; los célebres astrónomos, Newton que descubría su augusta cabeza cuando oía pronunciar el nombre de Dios, Kepler, Copérnico y Galileo; Cervantes, el autor del Quijote; el eminente físico Andrés María Ampere, que se dirigía todas las tardes al templo a rezar el rosario a la Virgen; Volta, otro insigne físico, que fué terciario franciscano; Pasteur, quizá el más eminente médico del siglo pasado que decía, por haber estudiado y reflexionado mucho, tengo la fe de un bretón; si hubiera estudiado y reflexionado más, tendría la fe de una bretona, y Balmes, tal vez el más profundo filósofo del siglo xix, de quien dice Gallerrani, que no sabe España cuándo tendrá otro igual, hombre verdaderamente grande en su vida y aun más grande en su muerte, que fué edificante en alto grado, como había sido su vida, particularmente, durante los meses en que, antes de morir, estuvo enfermo; pues sabemos que el gran publicista fijaba los ojos de la carne en el

reloj del tiempo que tenía delante, y los del espíritu en la eternidad, que no se apartaba nunca de su pensamiento a ejemplo del Salmista, que decía: «Pensé en los días antiguos y tuve en la mente los años eternos».

Con frecuencia convertía su doble mirada del alma y del cuerpo a los cuadros que tenía en su alcoba, representando a la Virgen de la Soledad y a Jesucristo Crucificado. Cuando le hablaban de la eternidad se reanimaba instantáneamente, recobraba el uso de la razón, y sus ojos brillaban con nuevo fulgor, fijándolos en dichas imágenes, al mismo tiempo que repetía: «En ti, Señor, he esperado y no quedaré confundido jamás; Señor, hágase tu voluntad».

De este hombre, verdaderamente grande, más que por su ciencia, por su humildad y profunda fe religiosa, se ha hablado mucho y se habla todavía; lo que no sucede con tantos ateos, que a los pocos días de su muerte quedan sepultados justamente en la sima del olvido, aun cuando en vida el eco de su fama haya resonado en todos los ámbitos del mundo. Razón tenía su piadosa madre, que tan sólo una vez se permitió alabarle, cuando llena de alegría y orgullo maternales, le dijo: «Hijo mío el mundo hablará mucho de ti.» Y a la verdad, que no se equivocó en su predicción.

Fácil me sería citar nombres de otros numerosos sabios que se distinguieron por su ardiente fe religiosa, pero en gracia a la brevedad los omito. Sin embargo, quede aquí consignado, que con la historia en la mano se puede demostrar, como el mismo Balmes afirma, que en todos tiempos y países los hombres más eminentes han sido religiosos.

Con todo, no se me oculta que los enemigos de la religión hacen algunos prosélitos entre los hombres rudos y de condición humilde, así como entre otros más ilustrados, diciendo unos que una vez muerto, todo terminó; como si la conciencia, los gritos del alma, la razón y el mundo entero, no nos persuadieran de lo contrario; que la religión es buena para el pueblo y para las mujeres sin saber, como dije antes, que los más eminentes sabios han creído que para ellos también es buena; que todas las religiones son igualmente buenas, ignorando que el Hombre Dios, Jesucristo, enseñó que una sola es la única y verdadera, pues la verdad es una sola; que a Dios le basta el corazón; cierto, pero no un corazón cualquiera, sino un corazón religioso que le rinda también homenajes externos; lo que ocurre, es que los que proclaman la religión del corazón, que no se ve, lo hacen así para poder vivir sin religión alguna, como ateos y

como bestias, al paso que otros alardean de ser ellos solos los ilustrados, verídicos y de buena fe con el fin de someterlos, como escribe Rousseau citado por Chateaubriant, a sus terminantes decisiones y de darnos por verdaderos principios de las cosas los absurdos e ininteligibles sistemas que ellos se han forjado en su imaginación, al mismo tiempo que se nos presentan como hombres probos, de vida honesta y de buenas costumbres, aunque el impío y escéptico filósofo Baile dejó escrito que a la vanidad juntan la vida voluptuosa y sensual, que ya es decir.

De esto están bien persuadidos casi todos los montañeses, lo mismo que de la falsedad de la doctrina y sistemas que defienden, y de aquí, que no les presten atención alguna, ocurriendo otro tanto con los absurdos e imposibles, que parece increíble sostengan los comunistas y sus afines, cuales son la libertad de pensar y la libertad de cultos, como si el hombre no dependiera de Dios; la negación de toda sustancia espiritual, la supresión de la religión, por considerarla como enemiga de toda cultura, el ateísmo obligatorio en la escuela, la moral sin Dios, el derecho a la lascivia; el trabajo obligatorio para todos, y la creencia en la abundancia de todos los bienes materiales en

el estado del porvenir sin hablar ahora de los principios de igualdad y fraternidad, que ellos son los primeros en menospreciar, como hacen sus correligionarios en Rusia.

Felices, por tanto, mil veces los montañeses que no dan oídas, ni crédito ninguno a semejantes utopías y paradojas, gracias a la luz de la fe religiosa que los alumbra y guía para no caer en el abismo de esos errores, y a la posesión de algunos bienes materiales, cuya afición los mantiene firmes e inquebrantables, lejos de los límites del colectivismo y comunismo; fe y posesión de bienes raíces, que son los principales factores con que deben contar los sociólogos para hacer frente a las propagandas contra el orden social, porque dada la inconstancia y veleidad humanas, la fe religiosa es, a no dudarlo, el más fuerte vínculo para sostener unidas las voluntades de los hombres.

De lamentar es, no obstante lo expuesto en elogio de los montañeses, que se hayan presenciado en algunos, muy pocos pueblos, espectáculos realmente trágicos de horribles asesinatos. Pero, aun siendo estos hechos en grado sumo dignos de execración y en extremo sensibles, nos consuela al par que nos prueba que los autores de los homicidios han sido hombres sin religión, por lo menos práctica, y la hez de

los pueblos, en los que ocurrieron escenas tan reprobables motivadas tal vez, como causas remotas e indirectas por la divulgación y difusión en tales pueblos de ideas antirreligiosas y disolventes, teniendo en cuenta que en esos pueblos o en sus inmediaciones, existían centros de obreros, a los que de vez en cuando se les predicaba por los apóstoles del proletariado, la doctrina redentora de la que son resumen los encantadores principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Adhesión de los montañeses a la Religión

Como ya llevo dicho, la montaña y, especialmente, el partido de Riaño, quizá el más religioso de la provincia, al par que el menos analfabeto probabilísimamente, ha dado siempre pruebas evidentes de adhesión inquebrantable a la religión católica, mirando con lástima, o si se quiere, con horror, como ocurría hasta hace muy pocos lustros, a quienes se suponía infectados del virus ponzoñoso, de la herejía y del ateísmo e incredulidad, sin caer en el extremo contrario del fanatismo y superstición, toda

vez que las devociones, creencias y prácticas religiosas de los montañeses se inspiraban y basábanse en los principios de la verdadera fe y de la recta razón, aunque con esto no quiero decir que en ciertos pueblos no faltarán personas sencillas y crédulas, que dieran crédito a las paparruchas que se divulgaban de encantamientos, sueños, viajes misteriosos, curaciones repentinas y trapacerías, atribuidas a inofensivas brujas, de apariciones de difuntos; y de sombras, fantasmas, y travesuras de duendes: pero se ha de hacer constar, que la generalidad de los habitantes de la montaña, acogía esas inverosímiles noticias, como quien oye llover, y sin darles la importancia que todavía les conceden en otras comarcas, acaso más ricas, pero menos religiosas y más refractarias a las luces del Evangelio y de la profana instrucción, por estar corroídas hasta las entrañas por la acción enervante de un indiferentismo deplorable y asolador; lo que prueba hasta la saciedad que la religión fomenta y hace renacer en los pueblos la afición a la cultura, al paso que el laicismo ya sabemos lo que puede dar de sí, como con ejemplar lección lo han mostrado los sucesos de la semana trágica de Barcelona, y la tristísima situación político social de la Rusia soviética.

Con razón decía Menéndez y Pelayo, refiriéndose a la escuela sin Dios, que el tratar de apagar en la mente del niño aquella participación de luz increada que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; declarar incognoscible para él, e inaccesible por tanto, el inmenso reino de las esperanzas y de las alegrías inmortales, es no sólo un horrible sacrilegio, sino un bárbaro retroceso en la obra de civilización y cultura; que veinte siglos han elaborado dentro de la confederación moral de los pueblos cristianos. El que pretenda interrumpirla o torcer su rumbo, se hace reo de un crimen social. La sangre del Calvario seguirá cayendo gota a gota sobre la Humanidad regenerada, por mucho que vuelvan las espaldas a la Cruz.

Carácter y moralidad de los montañeses

Los habitantes de la montaña leonesa son, por lo común, de carácter retraído y tímido, pero resueltos y fieles a la palabra dada, que muchos consideran sagrada, sin que ni aun en tiempo de elecciones dejen de cumplirla por muchos que sean los medios de que se hace uso para que quede sin efecto y por tentadoras

que sean las ofertas de dinero que se hacen para que se falte a lo prometido. Verdad es que hoy no son tan tenaces como antes, porque el ambiente de veleidad y volubilidad de los tiempos modernos, y pudiera decir lo mismo, de los antiguos, recordando que Petronio, el árbitro de las Elegancias, ya hablaba, según el *Quo Vadis*, a su amigo Vinicio de la versatilidad de las turbas, ha modificado notablemente el carácter de los montañeses, pero no tanto como en los centros populosos, donde se muda de opinión respecto de los gobernantes con la mayor facilidad, excomulgando hoy al que ayer se aplaudió.

Cierto también que los montañeses son al parecer reservados y poco aficionados a la exhibición; pero en cambio, estos hombres en apariencia fríos, son en realidad de índole concentrada y entera, de genio afable y tratable y de maneras más distinguidas y de más finos modales que los de ciertos países de muchos ya conocidos, aventajándoles asimismo en astucia y en iniciativas emprendedoras relativas a la industria y el comercio; lo cual, corrobora lo dicho acerca de la energía latente del carácter montañés.

Con respecto a la moralidad de su vida práctica, aun cuando no me forjo la ilusión de

que la montaña sea una especie de paraíso terrenal, en el que sus moradores vivan en estado perfecto de inocencia, sin embargo, comprueba la experiencia que la generalidad de los montañeses son de costumbres muy morigeradas, siendo muy escaso el número de los que frecuentan los despachos de Falermo, de los que blasfeman, y casi nulo el de los que viven amancebados, a quienes el público, por otra parte, miraría con horror y con desprecio, formando acerca de ellos un concepto muy menguado, como lo tendría de los que contrajeran o representaran la farsa del casamiento civil, que algunos sectarios propugnan como útil, no para ellos, sino para los demás.

No obstante lo dicho, no ignoro que hay quienes suponen que la tan ponderada honestidad de costumbres de nuestros mayores es una pura leyenda, porque en algunos pueblos, debido a la candorosa sencillez de vida, en contraposición a la mayor malicia de nuestros días, se hayan dado con más frecuencia que ahora ciertos escándalos a causa de la humana fragilidad y porque las diversiones del Carnaval fueran algo más duraderas, ruidosas y desenfrenadas que en estos tiempos. Mas a los que así discurren, conviene recordarles que ordinariamente los que daban tales escándalos solían

repararlos, en el primer caso, legalizando lo mal hecho, y en el segundo, entregándose durante la Cuaresma a rigurosa penitencia, a la que entonces se daban todos, durante ese tiempo y en otros días del resto del año, hasta el punto de que muchos ayunaban a solo pan y agua, y algunos en la Semana Santa se ejercitaban tanto en la mortificación de la carne, que pasaban tres días enteros sin probar bocado.

Por donde se echa de ver que las penitencias y maceraciones de hoy apenas vienen a ser sombras de las que aún se practicaban a mediados del siglo pasado en la montaña, cuyos habitantes deploran que las jóvenes de hoy poco serias y circunspectas al introducir y propagar las ridículas modas y los saraos modernos, den pruebas de ser tan frívolas como las de otras partes, que juntan la comunión de la mañana con el baile de la noche y pasan alegremente del *Tantum ergo* de las iglesias, al *couplet* o romanza de los teatros, al decir del P. Agustí.

Quizá no falten quienes condenen el género de vida de nuestros padres, pensando que hubieran procedido más acertadamente viviendo a sus anchuras, sin que hubiera prado alguno por donde no pasara su licencia y disolución; pero los que de esta manera tan insensata dis-

curren, pertenecen al número de aquellos malvados de quienes dice La Sabiduría que serán turbados con temor horrendo cuando vean a los justos de las edades pretéritas contados entre los hijos de Dios, y que su suerte está entre los santos.

Por de pronto, consta que su fe religiosa era muy profunda, y si las costumbres no eran tan inocentes como el vulgo cree, tampoco las de la actual época son más puras, sin dejar de adolecer de repugnantes lacras, con la circunstancia agravante de que hoy sube de punto la influencia que ejercen en la conciencia colectiva y en el ánimo de las muchedumbres el interés y los principios del naturalismo, sensualismo, sibaritismo, materialismo e indiferentismo, sin contar que tal vez la ignorancia en materia de religión sea más crasa en muchas capas y sectores sociales, al observar que no se palpa aquella afición, aquel interés y aquel general y noble empeño de otros tiempos en aprender cánticos piadosos y litúrgicos, en estudiar el significado de las ceremonias sagradas, en practicar ciertos ejercicios devotos y en saber el catecismo, que antes lo aprendían muchos que no sabían leer, ni escribir, mejor que los que hoy hacen alarde de saber estas cosas, ignorando que en el catecismo se halla más sabiduría que

en los abultados tomos de los pretendidos sabios y falsos filósofos, mejor que los cuales es el rústico humilde que sirve a Dios, y si se quiere más feliz y más sabio por no citar otros que el corifeo de la incredulidad, Voltaire, que al morir, exclamó en el paroxismo de la desesperación: «¡Muero abandonado de Dios y de los hombres!», más sabio que Anatole France que expiró sin dar señales de arrepentimiento, de quien seguramente no se ocupará ni la historia ni la fama, como del humilde San Francisco de Asís y de San Isidro Labrador, que no sabía ni entendía nada de literaturas, y más cuerdo y previsor que Francisco Arago, el cual, habiendo asombrado a Europa en el siglo XIX, con sus conocimientos astronómicos, llegó a manifestar a un amigo que le exhortaba en sus últimos días, a pensar en su salvación, estas memorables palabras: «Educado como fuí, en el torbellino de nuestra revolución, no sé nada, absolutamente nada de los dogmas de la revelación y bien veo que el problema del eterno y ultraterreno destino es un tremendo problema que no puedo mirar de frente por sentirme sin fuerzas para ello. Por eso, ante la consideración de la eternidad, de ese mar sin orillas, de lo infinito, me abandono con inmenso dolor, a mi ignorancia».

De estos hombres pudiera decirse lo mismo variando los términos, que un santo Padre decía de Aristóteles: ¡Ay de ti, Aristóteles, que donde no estás eres alabado y donde estás eres atormentado.

Usos, costumbres y tradiciones de la Montaña de León

Me propongo exponer y referir aquí muchos usos, costumbres y tradiciones, que nos unen en apretado abrazo con nuestro glorioso pasado; esas costumbres genuinamente cristianas que tanto encantan al extranjero cuando las ve o cuando las oye referir, como dice la revista *Etca*, las cuales contribuyen a dar a conocer y estimar el alma popular de las regiones, y que ahora, después de una activa y cuidadosa búsqueda, quiero recoger como preciosos fragmentos para que no perezcan ni caigan en la oscura sima del olvido. Con esto no quiero decir que mi trabajo tenga por fin referir todas y cada una de las costumbres de la montaña; mi propósito tan sólo tiende a estudiar y a divulgar las principales, ya religiosas, ya profanas de las montañas del Curueño y Porma, que co-

nozco palmo a palmo por ser oriundo de este país y por haber residido en ambas montañas sucesivamente muchísimos años. Bien sé también que en otras comarcas vecinas hanse guardado con cuidado secularmente casi las mismas costumbres en toda su fuerza y vigor hasta hace muy pocos lustros; pero no por esto dejan de ser a su vez propias de los pueblos que en las dos referidas regiones radican.

Descartando las que nada o muy poco han influido en la moralización de las costumbres y en el aumento del sentimiento religioso; tales como algunas que en Carnaval se estilaban antes y que más bien parece que habían sido introducidas por hombres simples y necios, que no por hombres cuerdos y sensatos; expongamos, pues, aquellas que sean dignas de que se las conserve y perpetúe, o que al menos merezcan los honores de nuestra veneración y de nuestro respetuoso recuerdo.

Así que, por lo dicho, ya se comprenderá sin dificultad que este trabajo no ha de versar sobre la histórica narración de tonterías, corruptelas y supersticiones, por más que este país apenas si conoció superstición alguna, a diferencia de Galicia, donde según un articulista, aún existen costumbres raras y extravagantes como es una la de encender un buen fuego

en un gran cepo de roble llamado *Hacha de Navidad*, durante la noche de este memorable día, los tres días siguientes, la noche del último día del año y el día de Epifanía, debiendo dejar *hacha* para el resto del año, que ponen en el fuego cuando truena, creyendo que tiene la virtud de *apartar los truenos* a los montes altos, sin añadir el articulista que tenga la virtud de apartar las centellas, que todavía sería mejor. No digo que esto sea superstición, si lo hacen por devoción y afecto hacia el gran misterio de la Natividad del Señor, inspirados por la fe religiosa y a impulsos de una firme confianza en Dios, que todo lo puede, pero al parecer no anda lejos tal costumbre de rozarse con la superstición. Más conforme a la fe y a la razón es la costumbre observada en ciertos pueblos de la montaña, que al aproximarse una nube precedida de relámpagos y truenos, suben al campanario a tocar las campanas para alejar las tempestades, lo cual se puede conseguir, si se hace con fe y confianza, teniendo en cuenta que están bendecidas por la Iglesia y que su sonido no es perjudicial, ni atrae los rayos, por no oponerse a ninguna de las leyes físicas, descubierta hasta el día; antes por el contrario, según opina un escritor, la corriente producida por las vibraciones puede contribuir a la inmediata formación de la lluvia

Tampoco hay ninguna costumbre que ni de cerca ni de lejos se parezca en algo a la chusca y original que en Leza (Guipúzcoa) tienen las jóvenes la noche de San Juan, de pasear en torno de la Iglesia rezando Padresnuestros a fin de hallar el novio que desean. Lo que hacen en la montaña leonesa, muy temprano, el día de San Juan es otra cosa bien distinta, cual es salir al campo en busca de tomillo, flor de malva y de sauco, cuya recolección es conveniente, si más en la mañana de San Juan a condición de verificarla con espíritu de fe, también en otros días, por contener esas plantas virtudes medicinales.

Una costumbre que ya cayó en desuso en la montaña, es cierto que tenía algún matiz de semejanza con la que hay en Leza, consistía aquélla en practicar un ejercicio devoto y jubiloso poco antes de las doce de la noche del Sábado Santo, en que se dirigían a la iglesia para ganar las *albricias*, como por aquí se decía, las mozas de los pueblos, quienes antes de entrar en el templo entonaban varios cánticos en el pórtico, prosiguiendo después que penetraban en el sagrado recinto en la modulación de otros, mientras se arrodillaban tres veces y encendían tres velas también ante el altar de la Virgen, cuya protección imploraban al fin rezando algu-

nas oraciones. Luego que salían del templo subían al campanario para tocar a gloria a las doce en punto, a no ser que otras personas les hubieran llevado la delantera, o las asustaran algunos, aun viejos y viejas, que hacían el papel de fantasmas vestidos de blanco y llevando una vela encendida en la mano a fin de tener ellos la exclusiva de tocar a gloria.

Las que observaban niños y jóvenes

Antes de acostarse los niños solían siempre besar la mano de las personas de edad y despedirse, diciendo: «Hasta mañana, si Dios quiere». Esta fórmula, *si Dios quiere*, la repetían con mucha frecuencia, y especialmente cuando al atardecer se separaban de los de otras familias, y cuando se proponían ejecutar alguna cosa en el tiempo que estaba por venir; del mismo modo que decían: «Dios se lo pague», cuando de otros recibían favores y regalos, y «bien, gracias a Dios», al contestar a aquellos que les saludaban.

Echados en el lecho y lo mismo al levantarse de la cama, rezaban cierto número de oraciones que, sin estar escritas en ningún libro,

les enseñaban sus madres y abuelas, a quienes al igual que a sus padres y demás personas de mayor edad, besaban también la mano después del rezo de Angelus a las horas de comer, y otro tanto hacían al llegar a casa de regreso de la escuela, y al encontrar a los mayores de edad por la calle, prorrumpiendo en tono semicantado: «¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento!»

En el pasado, con más reiteración que ahora, los padres de familia desplegaron el mayor celo en procurar que sus hijos honraran y veneraran a los sacerdotes y maestros, no tolerándoles que dejaran, al pasar junto a ellos, de besarles la mano y de descubrirse en su presencia; cuidando al mismo tiempo, de que les dieran siempre el tratamiento de *señor*. Así es que entonces todos y en todas partes decían: el señor cura; el señor maestro. Por lo demás, es bien sabido que hasta no hace muchos lustros los niños de escuela contaban en huesos y escribían con plumas de ave, generalmente de águila, y con tinta compuesta con ciertos polvos que ellos hallaban en los campos.

Con respecto a los juegos más comunes entre ellos, baste indicar que se recreaban, jugando al calvo, al tejo y a los bolos; estos dos últimos, tan antiguos, que su origen se pierde en la

oscuridad de los tiempos pasados; puesto que ya hay memoria de los juegos de pelota, tejuelo, ajedrez, damas y tal vez del de bolos, en el siglo XIII, como afirma Jovellanos en la «Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos públicos.»

También es sabido que a la cigüeña y a la golondrina nunca les hacían el más mínimo daño, teniendo sus nidos como cosas sagradas e intangibles. Si a la golondrina, huésped de sus casas, e hija de reyes que parece gustar de las grandezas; pero de grandezas tan tristes como su destino; había quien le quitara el nido, les parecía que se cometía una especie de impiedad que no dejaba de acarrear alguna desgracia en tanto que creían que las casas, donde ellas habían hecho sus nidos, estaban a salvo del peligro de una chispa eléctrica en días de tempestad y de perturbaciones atmosféricas. A los demás pájaros los perseguían como siempre, sin exceptuar a la polla acuática, a pesar de su noble condición y distinguida alcurnia, al decir de Chateaubriant, que hace de ella este elogio: la polla acuática, habitante en los ríos, es un ave que se pasea por los fosos de los castillos y gusta de encaramarse a los escudos de armas esculpidas en las paredes. Cuando está inmóvil en ellos, en vista de su negro plumaje y del

sello blanco en la cabeza, parece un ave de blasón que ha caído del broquel de un antiguo caballero. De la simpatía y cariño que al pueblo inspira la golondrina, es prueba el cantar muy común entre la gente rural:

Bendita la golondrina
que tiene pechuga blanca,
y alabada sea la Virgen
por su concepción sin mancha.

Costumbres de la mocedad

En unos pueblos el día de Reyes pedían los mozos los torreznos de casa en casa para preparar una fritada después del anochecer, de la que participaban las mozas también. En cuarema suspendían el baile, sustituyendo esta diversión por otras, siendo una de ellas el juego del calvo, que consiste en poner en el suelo un palo de tres pies en medio de dos jugadores, los cuales, teniendo cada uno su palo en la mano, cuidan de evitar que los demás, colocados a cierta distancia, lo hagan caer a tierra con sus propias estacas o toscos bastones.

El día de San Juan, en muchos pueblos, pagaban los chavales los derechos a los mozos para poder disfrutar de los mismos privilegios

que éstos, cuales son conversar libremente con las jóvenes, salir de noche a vociferar por las calles, gozar de la facultad de encaramarse a las ventanas para rendir como secuaces de Cupido cortesanía a las Maritornes o Venus rurales, que a veces responden a las finezas y requiebros de sus galanteadores, encajándoles un jarro de agua hirviendo, y finalmente tener derecho a llevar un grueso bastón a las romerías para dar, si llega el caso, estacazos a diestro y siniestro a follones y malandrines en bullas y pependencias, originadas frecuentemente por alguna Zoraida, capaz de competir en belleza y donaire con aquella otra de quien se enamoró, dice el Quijote, un cautivo, descendiente de un lugar de las Montañas de León.

Asimismo, la víspera de San Juan, noche, en algunas aldeas, y en otros muchos pueblos la noche anterior al día de la romería que en ellos se celebra, colocan sobre los tejados de las casas de las propias mozas, ramos verdes de tejo, pino o acebo dedicado uno a cada una y otro el más bonito y elegante a la Virgen, que fijan en el campanario atado a la veleta. Pero aún hay más; porque particularmente antes, el día de San Juan por la noche, hacían en diferentes lugares una gran hoguera, bebían unas cuantas azumbres de leche y se tomaban por

docenas los huevos, que habían ido pidiendo por las casas en el sitio de costumbre.

El día de San Pedro salían en diferentes pueblos los muchachos por la tarde al encuentro de los que venían del mercado de Boñar a pedirles los *Perdones*; esto es, cerezas, avellanas, etc...

Por Carnaval

En vísperas de Carnaval solían los niños de escuela, en diferentes pueblos de los concejos de Boñar, Vegamián y Reyero, organizar una especie de estudiantina, vestidos con trajes vistosos y llamativos, representando el más aventajado el papel de rey, y la niña más instruida el de reina, con el fin de salir a los pueblos de las inmediaciones a realizar una postulación de puerta en puerta, en derezada a recabar de las amas de casa los torreznos o aquellas cosas que ellos prefirieran otorgarles, yendo siempre los postulantes dirigidos por sus propios maestros, los cuales como es lógico y natural, tenían que presentarse al Pedáneo, solicitando su permiso, y una vez concedido, ya podían dar comienzo a su tarea peticionaria los corredores del Gallo; denominados así, porque

antes de emprender la excursión, corrían y mataban un gallo.

Sucedía de ordinario que los postulantes eran abordados por los más inteligentes de los pueblos, que ellos visitaban, y les proponían problemas de Aritmética y cuestiones de Gramática, Historia Sagrada y Geografía, debiendo entonces contestar acertadamente a las preguntas, siquiera uno de la estudiantina infantil, si no querían quedar abrumados bajo el peso de la confusión y del sonrojo y, por tanto, sin libertad para continuar ejecutando su intento.

Cuando acontecía que la señora de la casa, a cuya entrada pedían, accedía a la demanda, cantaban rebosando de júbilo:

Alégrate, corazón,
que ya la vemos venir,
con el chorizo en la mano
y el torrezno en el mandil.

Mas si ocurría lo contrario, le endilgaban de sopetón la siguiente copla mortificante:

Esta mujer tan roñosa
que no nos quiso dar nada,
nadie favores le haga,
porque es algo descastada.

Llegada la noche, bien fuera la del Domingo Gordo o bien la del martes de Carnaval, se

reunían todos los rapaces o niños, como ahora se dice, y devoraban los torreznos después de fritos o cocidos, sabiéndoles a miel. En la misma noche de dicho martes, tenían lugar en todas las aldeas y en diversas casas varias reuniones, cada una de las cuales era constituida por los individuos de las familias más allegadas, que se juntaban, lo mismo que en Nochebuena y el día de Pascua Florida, alrededor de sus tortas hechas con trozos de tocino y chorizo, además de la masa de pan, teniendo a la vista una mesa bien provista de carne de cerdo; pero es de notar, que el martes de Carnaval había más abundancia de estas provisiones, y por esto mismo el hartazgo era mayor que en los otros indicados días, lo cual hacían con el fin de resarcirse de algún modo de la privación de todo uso de carne, al que durante la cuaresma entera renunciaban. Tanto en ese día como en Nochebuena, en el que no podían faltar las imprescindibles castañas, se presentaba el venerable abuelo como la divinidad del hogar paterno en tales asambleas, y sus tiernos nietos, que desde mucho tiempo antes pensaban en la fiesta esperada, rodeaban las trémulas rodillas del anciano, y le remozaban con su juventud. Al acordarse de aquellas horas de desahogo, todo corazón sencillo se enternece, siendo dignos de

compasión, como afirma Chateaubriant, los que nunca volvieron su corazón hacia aquellos tiempos de fe, en que un acto de religión era la fiesta de una familia.

El día de Reyes

Todavía es costumbre en muchos pueblos de los concejos mencionados, rendir sencillo y popular homenaje al párroco, el cual, durante el Credo y Gloria de la misa de tan solemne día, se sienta en una silla adornada elegantemente con cintas de seda y pañuelos de color blanco, que envuelven a dos arcos cruzados y sujetos al respaldo de la silla siendo después llevado desde la iglesia a la casa rectoral en la misma silla sobre los hombros de dos fornidos mozos y acompañado por toda la feligresía que le espera, concluido el Santo Sacrificio de la Misa, en el pórtico del templo, donde le saludan y empiezan a cantar las jóvenes distintos versos en su loor. Luego el párroco agasaja a la juventud conforme a la costumbre del lugar, y les da el aguinaldo de antiguo determinado y señalado a los niños, jóvenes y casados, que invierten aquel día por la tarde tomando un refresco en las respectivas reuniones a que sue-

len concurrir las personas del otro sexo, a excepción de las mujeres casadas, que desde hace años se viene advirtiendo, brillan por su ausencia en la reunión de los vecinos en casi todos los pueblos. Verdad es, sin embargo, que en uno de los referidos concejos está ya en decadencia el uso de la silla gestatoria, y que en el de Revero tenemos a Pallide, que no la estila; pero en cambio engalana un carro, del que tira una yunta de bueyes, conduciendo en triunfo al cura párroco desde la iglesia a la casa rectoral. De manera análoga ocurría también, que al ser elegido y tomar posesión de la alcaldía o de una concejalía, uno de los vecinos de ciertos pueblos, éstos al regreso del designado para ejercer uno de dichos cargos salían a su encuentro, tributándole un entusiasta recibimiento, y le hacían subir en medio de gran algazara a un carro con toldo adornado vistosamente, que conducían dos bueyes con esquilones, en pos del cual seguían las mozas cantando alegremente y los mozos tocando el tambor y disparando sus trabucos.

A su vez los alcaldes y concejales correspondían a estas manifestaciones de simpatía y consideración, invitando a todos sus obsequiadores a un banquete.

En otros días.—Hasta hace todavía pocos años casi todos los montañeses celebraban su natalicio, invitando a los parientes y amigos a tomar muy de mañana en sus propias casas la *parva*. Y no escaseaban los que les convidaban a participar en el banquete con que distinguían el día de su Santo, como suelen hacerlo ahora todavía el día del sacrificio del verraco y de la cecina, que es, a no dudarlo, después del día de la fiesta patronal, el que da ocasión en medio de los brindis y de la algazara, a ostensibles muestras de regocijo en los niños, y de fraternal cordialidad en los mayores.

Hilandorios

Hasta últimos del siglo pasado venía perpetuándose en gran parte de la montaña, por lo menos sin señales visibles de decadencia, la costumbre de congregarse los miembros de diferentes familias en una casa determinada, que muchas veces era la de un anciano y patriarca venerable, durante las noches de invierno, comenzando la nocturna reunión hacia las siete de la noche y terminando por lo general hacia las doce de la misma en el tiempo que media entre el día de San Martín y el de Carnaval, si

bien en algunas aldeas se prolongaban tales veladas pueblerinas hasta el día de San José; pero esto acontecía en pocos lugares, porque a nuestros mayores no les parecían muy compatibles con el santo tiempo de cuaresma esas reuniones habidas en distintas casas de cada pueblo, llamadas vulgarmente *Hilandorios*, que tenían dos finalidades: una emplear el tiempo, ocupándose los hombres en hacer medias o en leer historias y novelas, y las mujeres en la tarea de hilar lana y lino por el antiguo y sencillo sistema del uso y de la rueca; y otra, evitar el ocio, distraer el ánimo y fomentar los afectos familiares.

Para iluminar la habitación del Hilandorio que por lo común era una cocina de campana, a fin de que al amor de la lumbre la sesión se deslizara sin el malestar que ocasiona el insufrible frío del riguroso invierno, usaban muchas veces *aguzos*, palos secos procedentes de montes de urz incendiados y en donde y cuando no recurrían a este medio económico en extremo, se servían de candiles de aceite y de petróleo, debiendo contribuir al gasto de estas materias inflamables todos los cabezas de familia asistentes al Hilandorio.

De vez en cuando tomaban la *sosiega*; esto es: apuraban algunas copas de anís y celebra-

ban con gran animación y el mayor júbilo, especialmente en días consagrados por la tradición espléndidos banquetes, siéndoles permitido en estos casos escanciar algunas jarras de tinto famoso de toro (1).

En los Hilandorios, especie de mentideros algunas veces, se comentaban con interés y oíanse con expectación las noticias que circulaban por la vecindad, anunciando unos la inminente celebración de una boda, el próximo regreso de algún indiano millonario y narrando otros apariciones de difuntos, las travesuras de los mozos y los sustos que daban los lobos a los caminantes y a los rebaños de ganado. Allí se departía largo y tendido sobre el alza o baja del precio de las subsistencias, que hasta mediados del siglo pasado, podían adquirirse a precios en gran manera módicos, puesto que la hemina de trigo valía en el mercado hacia tres pesetas, la libra de carne cuarenta y cinco céntimos, la docena de huevos aproximadamente igual, el cántaro de vino cuatro pesetas poco más o menos, y el buey o vaca de clase superior que hoy vale hacia tres mil reales, entonces se cotizaba al precio de treinta o cuarenta duros a mucho tirar.

(1) Estos banquetes eran llamados en varios pueblos *Esgotes*.

Entonces, fuera del verano, durante el cual en Boñar y en algún que otro pueblo se expendía carne de carnero en las carnicerías; no se despachaba carne de ternera, cuando hoy en Boñar y en invierno había días que se sacrifican dos o tres terneras.

Allí no faltaban quienes aprendían y enseñaban el catecismo, oraciones, cuentas y rezaban por sus deudos difuntos, sino en todos, al menos en muchos hilandorios; quienes leían, como en efecto sucedía en varios lugares, la historia de Santa Genoveva, libros devotos, y aun el Quijote, y quienes contaban cuentos, proponían acertijos, enigmas y adivinanzas, y cantaban coplas y romances, habiendo estado muy en boga en algunos pueblos de la montaña del Porma los romances de Gerineldo, el de la Zagala de la Virgen, el de la Calavera, el testamento de Felipe III, y las coplas que compuso un montañés con motivo de un matrimonio civil, único que se verificó en un pueblo de la alta montaña, del que decía, entre otras cosas, el autor de la sátira:

«Ya no se casan las mozas
a las puertas de los templos,
se casan ante los tíos
en la casa Ayuntamiento.»

No se me oculta, sin embargo, que no era todo oro lo que relucía en aquellas familiares reuniones.

Mas lo cierto es que allí la alegría asomaba a los semblantes, los corazones se desahogaban y experimentaban todos un placer muy grande y tantos atractivos, cuanto mayor era su antigüedad, subiendo de punto en la época de la vigencia de esa tradicional costumbre la pia religiosidad de los montañeses, por más que no disfrutaran de las ventajas de la civilización material, como las que proporcionan los autos, trenes, canales, carreteras, industrias y fábricas, que si nos han de interesar, no debe ser tanto como la civilización cristiana y el progreso moral y religioso de la sociedad, porque no hemos nacido para vivir siempre en este mundo, en el que estamos como de paso; sino para gozar de la suprema felicidad en el otro; a propósito de lo cual digo con el piísimo poeta español Lope de Vega:

«¿Yo para qué nací? para salvarme;
que tengo de morir es infalible;
dejar de ver a Dios y condenarme,
triste cosa será, pero posible;
¿posible? ¿y río y duermo y quiero holgarme?
¿posible? ¿y tengo amor a lo visible?
¿qué hago? ¿en qué me ocupo? ¿en qué me
loco debo ser; pues no soy santo». [encanto?

La zagala de la Virgen (1)

I

En la soledad de un monte
tierna pastora guardaba
el hato de sus ovejas
y el rebaño de sus cabras.

Una tarde en que se oculta
el sol tras las breñas altas,
coge en sus manos la joven
la tiernísima zagala,
el rosario, y a la Virgen
con fervido amor rezaba.

Mas de pronto ve que hienden
los espacios, y bajaban
escuadrones de querubes
que a la Virgen acompañan.

—¿Qué haces ahí, pastorcita;
le dice la Virgen Santa;
qué haces ahí tan solita,
tan triste y abandonada?

(1) Por haber aparecido suscrita esta composición por su autor en *La Crónica de León*, se juzga innecesario consignar aquí su nombre.

—Rezo, Señora, el rosario,
esta tu plegaria amada,
flor de exquisitos aromas,
de suavísimas fragancias.

—Muy bien, exclama la Virgen
mientras sus manos alzaba
bendiciendo a la pastora
en rayos de luz bañada;
muy bien haces, hija mía,
en rezar santas plegarias,
en obsequiar a tu reina,
a tu Madre Inmaculada.

De hoy más, tú serás mi encanto,
el hechizo de mis gracias,
mi idilio santo de amores
y la estrella de mi alcázar.

Deja las mansas ovejas,
los rebaños de tus cabras,
a tus hermanos queridos
y a los padres de tu alma.

Busca una gruta sombría
y en ella sufre y padece,
reza, gime, ayuna y ama
a Jesús, el dulce hijo
del Dios que los cielos manda.

Al decir esto la Virgen
sobre la frente de nácar

de la ferviente pastora
un cálido beso estampa.

Se disipa la visión,
y torna la Virgen Santa
al cielo con sus querubes,
a la mansión de las gracias.

II

Bajó del monte la joven,
la fervorosa zagala,
se despidió de sus deudos,
de su casa idolatrada;
y en una cueva sombría
vivió vida solitaria.

Era grande su negrura,
mas su pavor no la espanta,
que el amor el pecho enciende
a su Reina Inmaculada.

Siete años vivió en el hueco
de una roca altiva y brava,
practicando penitencias,
que al mismo cielo asombraban.

Allí desgarró su cuerpo
con aspereza inhumana,
y duerme en el duro suelo
con maderos por almohada;

A las horas de comer
salía al campo y pastaba

como un bruto irracional
hojas de lentisco y jara.

De cuando en cuando traía
una palomita blanca
en su pico marfilino
de la Reina Inmaculada,
rico panal de ambrosía
a la devota zagala.

Una siesta bochornosa,
en la que el sol abrasaba,
de las grietas de la roca
salió la pobre zagala
a templar la sed ardiente
que sin piedad la abrasaba.

Y en el hueco de su mano
bebía las linfas claras
de una fuente rumorosa
que cerca de allí pasaba.

Y ¡oh, prodigio! entre el bosque
ve a su Madre Inmaculada,
que sonriente la bendice
y complacida la abraza.

Deja, hija mía, estas breñas,
le dice la Virgen Santa,
y entre el coro de las vírgenes
establece tu morada,
vete a un convento sagrado
de María Inmaculada,

y vive allí con mis hijas,
dulces prendas de mi alma;
de allí te llevaré al cielo,
a la mansión de mi alcázar,
donde vivirás gozosa,
y en placer siempre anegada.

III

Se disipó la visión
que tanto la recreaba,
y ciñendo la pastora
alas de paloma blanca,
voló a la sencilla celda,
a la reducida estancia
de un convento silencioso
de María Inmaculada.

Transformada en religiosa,
cubierta de tocas blancas
y hábito azul como el cielo,
se vió la pobre zagala.

Allí reza, llora y sufre,
allí ríe alegre y canta,
y viene la palomita
a endulzar sus esperanzas,
a mitigar sus dolores,
a suavizar sus nostalgias.

Una mañana de abril
de suave brisas templadas

siente la zagala hermosa,
que su pecho se desgarrar;
oye la voz de su Reina,
de su Madre Inmaculada,
que la invita a la mansión
de la celeste morada.

Transcurren breves instantes,
sus sentidos se aletargan,
llénase el aire de incienso,
de aromas y esencias varias.

Un ángel de las alturas,
de pudibunda mirada,
se le acerca y corta el hilo
que al suelo la sujetaba;
y en pos de la palomita
y la Virgen soberana
vuela a los cielos gozosa
la fervorosa zagala.

IV

Entre tanto las campanas
sin que nadie las pulsara,
lanzan al viento sus notas
de alegría sobrehumana,
publicando con sus lenguas
que María Inmaculada
llevaba al cielo gozosa
a la férvida zagala.

Esta composición poética es en el fondo idéntica a la que, a mediados del siglo pasado, cantaban ya por lo menos en algunos pueblos de la montaña las piadosas mujeres de aquellos tiempos de valor y fe, con tan dulce son, que los pequeñuelos que la escuchaban en el hogar doméstico suspendían sus sentidos en éxtasis de embelesamiento, sucediendo otro tanto cuando les cantaban los demás romances que todavía retienen de memoria algunos ancianos de 80 años, por los que se vislumbra, lo mismo que por las tradiciones y costumbres religiosas, que aún no se han extinguido del todo, cuán intenso y vigoroso debió de ser el sentimiento religioso de nuestros mayores, y cuán afortunados al abrir sus ojos a la luz, sus almas a Dios y sus corazones a las dulces influencias de la gracia vivificante en medio de un ambiente saturado de fragancias místicas y del aroma de la pía religiosidad entre las breñas y las bravias rocas, cuya altura convida al expectador a levantar sus miradas al cielo, del mismo modo que la lectura del anterior romance nos invita suavemente a elevar la mente a las altas regiones de la contemplación, apartándola de la consideración de las impurezas de la realidad visible y terrena, que es lo que tuvo en cuenta el autor del primitivo romance, sin que por eso dejara

de percibir, aunque confusamente, los rumores del bosque, el misterioso silencio de los montes, la serena calma de los valles, la deleitosa paz de la vida campestre, las armonías de la naturaleza, y especialmente las bellezas y exquisiteces de la vida religiosa, en el claustro o fuera de él, hacia la cual tal vez sienten más atracción los que viven en las montañas, porque las alturas, las cúspides de los montes y las rocas de formas piramidales, predisponen más fácilmente, como las catedrales góticas, los espíritus, por razón de ciertas secretas relaciones y armonías misteriosas, a remontarse al cielo en alas de la consideración.

Por la Cuaresma

Muchas o varias son todavía las prácticas y costumbres cristianas que, recibidas a modo de rica herencia, se reproducen todos los años por la Cuaresma en la montaña, aunque observamos con sentimiento, que no hay a la hora presente tanta afición hacia ellas, ni tanto interés en guardarlas, como había aún a fines del siglo pasado, cuando se descubría y percibía mejor que ahora la santidad del tiempo de cuaresma y el dulce reposo de la oración, sin que esto

implique que hoy la fe y la vida cristiana de los montañeses se hallen en decadencia y marchen vertiginosamente hacia el ocaso de la indiferencia religiosa, porque sabido es que hay muchos pueblos donde la vida eucarística es más activa y vigorosa que antes y más intenso el amor al *amor de los amores*; pero de desear sería que varias de las prácticas externas del culto, que en otros tiempos las observaban todos los fieles de la montaña, volvieran de nuevo a manifestarse con todo su antiguo brillo y esplendor, porque nadie ignora que las prácticas espirituales elevan el alma, la aproximan al cielo y la hacen respirar el aire puro de la verdad. Y no vale decir que tales ejercicios externos son de poca importancia y transcendencia en orden a la reforma y perfección del hombre interior, pues la experiencia nos enseña que allí donde se han relegado al olvido, los hombres no rinden a Dios el homenaje debido de adoración, de sumisión y de acción de gracias, ni interno, ni externo, ni en cuerpo ni en alma. Por lo cual, juzgo ser tarea muy plausible y meritoria la de fomentar las prácticas del culto exterior, tan recomendadas por todas las almas que han brillado por sus relevantes virtudes, por estar bien penetradas de que despiertan y promueven la devoción interior y el amor al Criador y de

que el pueblo ama la devoción que le entra por los sentidos. Así se nota que las aldeas o poblaciones que menosprecian dichas prácticas, presentan una fisonomía menos grave y religiosa, que otras más religiosas y devotas, como en efecto eran y todavía continúan siéndolo no pocos de la montaña, en las que se verificaban de manera algo diferente que ahora el *Vía Crucis* (vulgo *Calvario*) y la asistencia a Misa, Rosario y Catequesis.

Con respecto, pues, al *Calvario* que nos recuerda el real y material, en el cual expiró el más grande de los mártires, he de poner de relieve que al mismo despuntar del día o muy de mañana se encaminaban casi todos los fieles, después de oír la voz de la campana vigilante, en dirección al templo para asistir al nunca bastante ponderado ejercicio devoto del *Vía Crucis*, a contar desde el miércoles de ceniza hasta el sábado Santo, el cual solían presidir y rezar en alta voz los maestros de escuela, a excepción de los domingos, en los que acostumbraban a cantarlo los mozos de los pueblos, entonando unos días: «Poderoso Jesús Nazareno, de cielos y tierra, rey universal», etc., y otros:

Alma que ociosa te sientas
malogrando esta ocasión ..

Concluído el Calvario, los concurrentes al mismo volvían en su mayor parte al recinto sagrado, con el fin de oír misa, a la que no sólo en la Cuaresma asistía la generalidad de los fieles, sino también durante todo el invierno.

A la caída de la tarde, y momentos antes de la explicación del Catecismo y de la Oración de la noche, se reproducía una escena tierna y edificante en algunas aldeas, consistente en ir cantando los niños de ambos sexos himnos religiosos desde la casa escuela, o desde el centro del pueblo hasta el umbral de las puertas del templo; signándose y santiguándose antes de ponerse en marcha al mismo tiempo que cantaban: Por la señal de la santa cruz, etc...

Los himnos que con religioso entusiasmo entonaban los candorosos niños de los tiempos pasados, dirigidos siempre por sus maestros en el trayecto recorrido por la procesión infantil, en unos pueblos eran aquellos, cuyos primeros versos pongo a continuación:

Venturoso mil veces
que desde niño
llevas el yugo suave
de Jesucristo.

Dios te salve, María,
hermosa y bella,
eres luz en el cielo
y sol en la tierra.

Y en otros, el siguiente:

Mira, niño, que te aviso,
que a Dios sirvas y le ames;
que guardes sus mandamientos
y de ellos nunca te apartes.

Antes de entrar en el templo estaban escuchando por espacio de quince o veinte minutos la explicación y preguntas de la doctrina cristiana, que en el pórtico hacían los párrocos a los fieles de los pueblos, que entonces asistían en masa al rezo del Rosario de María y a la visita de altares para ganar las indulgencias de la Santa Bula, sin manifestar tedio ni cansancio alguno.

Cuando los niños entraban en el templo, cantaban de nuevo sobre el umbral de las puertas, y al terminar el Rosario hacían igual, con la particularidad de que los de cierto pueblo, al salir de la iglesia daban una vuelta en derredor del Camposanto a ella contiguo, cantando todos al unísono unos versos de despedida a la Virgen, en presencia de los demás fieles, que permanecían silenciosos ante aquel hermoso y conmovedor espectáculo.

Bien sé que tales himnos no eran bellos y pulidos, pero eran afectivos, llevando al corazón el calor de la devoción y de la piedad, a las

cuales se amolda bien el lenguaje sencillo e ingenuo de muchos cánticos, que predicán por sí solos y que tanta importancia tienen en la obra de las misiones, sirviendo como de herramienta a los obreros evangélicos.

Para terminar, quiero recordar que nuestros mayores observaban con mucha escrupulosidad el ayuno y abstinencia cuaresmales, tanto es así, que la mayor parte se abstenía diariamente del uso de carnes y grasas, de alimento por la mañana y casi pudiera añadir que por la noche también, pues todo lo que tomaban se reducía a bien poca cosa.

El día de Jueves Santo lo pasaban casi todo él en el templo, cantando calvarios y versos piadosos, sin contar que en tan señalado día ayunaban también los niños de pocos años, a quienes, para animarlos, les decían sus padres que en ese día ayunaban hasta los pajaritos.

De donde se infiere que entonces no ocurría lo que ahora, en que por precisión tenemos que lamentar una gran desgracia, y es, como dijo Víctor Hugo en un resonante discurso, la tendencia a quererlo todo en esta vida

Las bodas en las aldeas

Aunque con ocasión de las bodas haya a veces en los pueblos cosas dignas de vituperio y de reprobación, apruebo, sin embargo, lo que las nupcias tienen aquí de simpático, de serio y de festivo, que nos recuerda los antiguos encantos con que se verificaban en nuestros campos los desposorios, cuando todavía no se había introducido la moda extranjera, que consiste en casarse lejos de la propia parroquia, emprendiendo los novios, en muchos casos, un largo viaje por distintas regiones y ciudades, inmediatamente después de recibida la bendición nupcial. ¡Buena manera de iniciarse los esposos en los graves deberes de su nuevo estado!

Acontece, en efecto, con ligeras variantes y *mutatis mutandis* en muchas aldeas con respecto a las bodas pueblerinas, lo que he visto practicar en diferentes ocasiones, en distintos lugares, verificándose el proceso de los usos populares relativos al asunto que nos ocupa, de la manera siguiente: Llegada ya la hora de la celebración del matrimonio cristiano, los novios, acompañados de la mocedad y de los parientes y convidados, salen de casa de la pro-

metida y se dirigen con paso grave y silenciosa pompa camino de la iglesia, deteniéndose en el pórtico del templo con los demás asistentes al acto religioso, que no en pocas aldeas suelen ser todos sus habitantes, los cuales, después de haber presenciado la solemne y augusta ceremonia matrimonial, esperan, concluído el Santo Sacrificio de la Misa, otra vez en el atrio de la iglesia, en tanto que las mozas entonan diversos cánticos, pidiendo licencia para ello al señor cura, al juez y al alcalde en unos versos, y luego aludiendo a la novia que permanece prosternada ante el ara santa, cantan con voz graciosa y sonora los versos que siguen, de origen popular:

Ahora que estás en el templo
al pie del altar mayor,
reza una Salve a la Virgen
y Credo a Nuestro Señor.

Al Señor debes pedir
que te conserve en su gracia,
y su Santísima Madre
que la imites de casada.

Levántese la madrina,
y sin tardar un momento
dé agua bendita a la niña
y el padrino al caballero.

Cuando los nuevos esposos aparecen ante el público concurso, prosiguen:

A los dos nuevos esposos
todos os felicitamos,
deseando que viváis
en la tierra luengos años.

Y al regresar la comitiva a la casa de la esposa, recitan otros más o menos apropiados, pero que modulados alegremente y en consonancia con el espontáneo regocijo de los demás concurrentes, suscitan el recuerdo y reminiscencia de otras edades, todavía no muy lejanas, en las que según la bella expresión de Chateaubriand, los siglos salían de sus góticas tumbas para acompañar con sus antiguas costumbres y con sus vetustos recuerdos aquella alegre juventud, cantando finalmente a la entrada de la vivienda de la esposa:

Abran, señores, las puertas;
ábranlas de par en par,
para que entre la paloma
y dé vuelta al palomar.

Las cortinas de esta casa
están bordadas con seda,
lo cual hizo la casada
cuando era moza soltera.

Acto continuo salen a felicitar a los recién casados los parientes e invitados al convite nupcial, imprimiendo en el rostro de la esposa un tierno y amoroso ósculo la madre, las hermanas y todas las mujeres convidadas, las cuales, conmovidas dulcemente a causa de la más enternecedora emoción, vierten copiosas lágrimas mientras se desarrolla aquella simbólica escena, que representa el fin de las ilusiones y encantos de la riente juventud y al mismo tiempo el principio de una nueva vida, de una nueva senda y el de un incierto porvenir, cuyo velo jamás podrán descorrer en esta vida los nuevos casados, desapareciendo a sus ojos la imagen de los placeres ante la de los deberes conyugales, sin que les quede otra libertad que la de la tumba.

La nueva esposa, luego de haber recibido el homenaje de esa tierna y delicada expresión de afectuoso amor, estampa a su vez fuertes ósculos en el rostro de las jóvenes que con su presencia y con sus cantos epitalámicos han celebrado la apoteosis de su Himeneo, siendo obsequiadas a continuación, lo mismo que los jóvenes, en algunas aldeas con un refresco, sin contar que después del banquete principal, son agasajados con otro muy espléndido, bien hacia mediodía o bien a altas horas de la noche, porque así lo

reclaman las ineludibles exigencias de un uso, que debiera abolirse por lo que toca a esto último en atención a que da origen a indebidos abusos, a enojosas molestias y a innecesarios gastos.

Al primer banquete celebrado después de las doce del día suelen asistir en muchas localidades el párroco y el juez, teniendo mucho de parecido con el preparado por el rico Camacho, de forma que los esposos podrían decir a los melindrosos y amigos de hacerse rogar las mismas palabras con que a Sancho Panza respondió uno de los encargados de aderezar las viandas para aquellas famosas bodas, cuales fueron: «hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicción la hambre, merced al rico Camacho. Mirad si hay por ahí un cucharón y espumad una gallina o dos, y buen provecho os hagan». Y como Sancho hiciera melindres, aquél le alargó tres gallinas y dos gansos, después de decirle, comed, amigo y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar.

Aún se observa, por fin, en determinados lugares, la costumbre de formar dos coros a continuación del banquete de los convidados, cantando a la entrada de la casa de boda las jóvenes que asisten con la mocedad y dentro de

la sala del banquete las que son de boda en un animado y divertido diálogo. Las primeras, a veces, empiezan diciendo flores y requiebros a los invitados con el fin de obtener alguna dádiva o propinas en dinero; contestando las otras que no hay derecho a tales peticiones. De vez en cuando sucede también que unas ponderan y ensalzan las buenas cualidades morales y físicas de uno de los cónyuges, y al momento, las segundas, ni cortas ni perezosas, encomian las bellas prendas del otro, riñéndose con este motivo una audaz batalla de *indirectas* directas y de finas ironías sin faltar, por supuesto, a las reglas de la prudencia y de la corrección.

Lo que se hace el domingo

Sabido es que los moradores de la Montaña leonesa, tan propiamente llamada montaña, como la de Santander, que muchos en periódicos y revistas llaman indeterminadamente «La Montaña», cual si en otras provincias no hubiera más que llanuras, se recrean los domingos, después de asistir a los actos del culto católico dándose al esparcimiento y al placer honesto de presenciar lejos de sitios poco recomendables, el juego de bolos que ofrece lo mismo que el de

pelota a los campesinos, una lícita distracción a los que juegan y a los que miran, mejorando al mismo tiempo la educación física de los jóvenes.

A las diversiones populares de los actuales montañeses, y más particularmente a la de nuestros padres, es aplicable en parte lo que Jovellanos escribiera en 1797, acerca de los entretenimientos del país vascongado, en los siguientes términos: «Allí es de ver un pueblo entero sin distinción de sexos ni edades, correr y saltar alegremente en pos del tamboril, asidos todos de las manos, y tan enteramente abandonados al esparcimiento y al placer, que fuera muy insensible quien los observase sin participar de su inocente alegría. Tanto basta para recomendar estas fiestas públicas a los ojos de todo hombre sensible; pero el filósofo verá además en ella el origen de aquel candor, franqueza y genial alegría que caracteriza al pueblo que las disfruta, y aún también de la unión, de la fraternidad y del ardiente patriotismo que reina entre sus individuos. ¡Cuán fácil no fuera, con sólo extender tan sencillas instituciones, lograr los mismos inestimables bienes en otras provincias.»

Bien dice a este propósito un autor, que el día festivo aleja de las aldeas la tristeza y de-

vuelve a sus habitantes el contento y la alegría que los anima, proporcionándoles dulces emociones, singularmente durante el tiempo en que permanecer en el templo, a vista de las olas de incienso que perfuman el santuario, y oyendo los melodiosos cánticos que llenan las bóvedas y los corazones; de suerte que la Iglesia es el todo para un pueblo; es decir, su fe, su esperanza y su gloria hasta el punto de que la Iglesia, en frase de Abate Monnin, con sus efigies y sus cuadros, es su biblioteca, donde lee con claridad y a libro abierto lo que hombres sabios ignoran; la historia de sus destinos.

El domingo, diré con Chateaubriand, reúne, pues, dos ventajas muy grandes, porque es un día de descanso y de religión; de descanso, porque es preciso que el hombre dé treguas a sus afanes, y de religión, porque dispensarle de su observancia, sería lo mismo que volverle a sumergir en el estado de naturaleza, y a soltarle, digámoslo así, como a un salvaje, en medio de la sociedad. Ahora bien; si los montañeses no observaran el día festivo, ¿cuándo tendrían ocasión de solazarse y de disfrutar de gratas sensaciones, que satisficieran a su conciencia, a su corazón y a sus ojos? Nunca. Bien lo sabe la Iglesia, y por eso ha provisto a esa necesidad, que jamás satisfarán el ateísmo e incredulidad,

como se vió con claridad meridiana en la época del *Terror*, que pretendió establecer la década, aboliendo el domingo en el calendario republicano, pero sin resultado alguno, porque el aldeano jamás quiso observarla, a pesar de toda la sabiduría de los Dantones y Robespierres, que juzgaron imperfecta la obra que el Eterno y Supremo legislador había encontrado buena; obra que estos monstruos de impiedad sin precedentes y de tiranía inaudita, cuyos nombres execrables yacen sepultados en la tumba del olvido, como los de tantos vanos y fatuos ateos, estimaron en sus diabólicos designios, que debía destruirse, sin tener en cuenta que el día séptimo, sábado o domingo, estaba enlazado con la cuna de los tiempos, santificado por la religión de nuestros padres, guardado por cientos de millones de cristianos sobre la superficie del globo, solemnizado por los santos y las milicias angélicas, y guardado, por decirlo así, por el mismo Dios en la eternidad de los siglos. Más aún; obedientes los sencillos aldeanos a la voz de la campana que «alaba a Dios, convoca al clero, llora a los muertos, ahuyenta la tempestad y da brillo a las fiestas» se reúnen antes de misa, y después de oír ésta en el atrio del templo, todos con el mejor vestido, y formando corrillos, después de una semana de rudas fati-

gas, con las más expresivas señales de satisfacción, hablando de los cambios del tiempo, de los pronósticos del calendario zaragozano y de las observaciones, planes y labores que cada cual ha hecho desde el domingo anterior, verificándose al escuchar el repiqueteo de la campanilla que anuncia la salida inmediata del sacerdote de la sacristía para celebrar la misa parroquial, lo que afirma el célebre costumbrista José María de Pereda, cuando escribe, tratando de esto mismo, a saber: que los chicuelos rompen la humana valía, entrando precipitadamente en el templo; y los viejos y jóvenes apagan sus pipas o restregan sus cigarros contra el poste o pared más inmediatas, guardándose muchos las puntas en el bolsillo del chaleco.

También al salir de la misa, como en los tiempos pasados, continúan en no pocos pueblos celebrando sus reuniones los vecinos en la calle contigua al templo, sin excluir en otros a las viudas que todavía asisten a las asambleas concejiles, que se convocan con el fin de entender en los asuntos de interés comunal, como hacenderas, vecerías de ganado y aprovechamiento de montes y pastos, departiendo en ellas muchas veces los deliberantes a gritos, como es costumbre entre la gente de campo, no porque el furor sustente los debates, sino por el hábito

adquirido, viviendo casi siempre fuera de techado; lo cual no debe causarnos admiración y extrañeza, sabiendo, como sabemos, que en las cámaras de diputados de España y de otras naciones los ilustres y sapientísimos padres de la patria han andado con frecuencia a garrotazos y en algunas a tiros, aunque ahora con estudiado artificio no se quiera recordar las escenas tan poco edificantes que tenían lugar en aquellos palacios de cotorras.

Por lo anteriormente expuesto, fácilmente se comprende que el pueblo no sólo necesita de pan material, sino de pan espiritual y, por tanto, de fiestas para oír la palabra divina, sublime y sencilla, aprender las verdades de la fe y los deberes morales, y tener tiempo libre para meditar las verdades eternas; pues de lo contrario, el hombre engolfado en los intereses de la tierra, olvidaría el fin para que ha nacido; de suerte que su corazón lleno de tierra, estaría vacío de Dios.

Lástima que no se haga en todas partes lo que hacen los habitantes del Municipio de Vegamián, en donde se suspenden en los domingos, sin distinción de meses y de estaciones, todas las faenas agrícolas, cuales, entre otras, son: la de arar, segar, acarrear y trillar, sin que se finjan necesidades apremiantes que muchas

veces solo existen en la imaginación de algunos que, seducidos por el apetito de un pequeño lucro, u obedeciendo a impulsos del temor de ver arrasados sus sembrados por la acción destructora de una granizada, no vacilan en profanar las fiestas de guardar con el subsiguiente escándalo de otros, que de buen grado las observarían, si no contemplaran en torno suyo el vituperable espectáculo del mal ejemplo, fácilmente evitable por otra parte con la imposición de leves multas a los primeros contraventores de los bandos de los alcaldes, quienes, si se decidieran a proceder enérgicamente, merecerían bien de los hombres rectos y sensatos y de la posteridad también, aunque momentáneamente les abandonara el aura popular o concitaran contra sí mismos las iras del pueblo, que cual espada de Damocles, a muchos les intimidan y acobardan, no lanzándose a desafiarlos con serenidad y valentía por esta causa.

Romerías

«Hacia el siglo XII, escribe Jovellanos, creció sin duda y se fomentó el gusto de las romerías, cuyo origen se pierde en los tiempos de la primitiva fundación de todos los pueblos. La devo-

ción sencilla los llevaba naturalmente a los santuarios vecinos en los días de fiesta y solemnidad, y allí, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del día al esparcimiento y al placer. Reunidos en un punto por la identidad de deseos, buscaban el solaz en común; entonces la concurrencia y la publicidad aumentaban el interés de sus juegos, que pudieran llamarse espectáculos, a ser más estudiados o menos casuales. El luchador, el tirador de barra, el joven diestro en la carrera y en el salto, sentían crecer su interés y su gusto a par del número de espectadores; y la gloria del vencimiento les hacía percibir por la vez primera aquella especie de sensación grata que más lisonjen el corazón humano.»

Y a continuación, añade, «que todavía existen pueblos que, preservados de la infección del vicio, no reconocen otro recreo que estas alegres concurrencias y los inocentes juegos y danzas, que hacen en ellas su delicia. Esto es, el país en que vivo, y esto era España antes del siglo XII.»

Y esto mismo pudiera yo decir de gran número de pueblos de la montaña de León, en donde después de asistir por la mañana a los actos del culto, salen a media tarde al campo en los días de romería a presenciar las danzas

populares y los juegos mencionados, a excepción del que tiene por objeto tirar la barra, que está ya en desuso, siendo ciertamente digno de admirar cuán bien se concilian en estos sencillos pasatiempos el orden y la decencia con la libertad, el contento, la alegría y la gresca que los anima, mal que les pese a sus detractores, quienes porque alguna vez haya habido abusos, extralimitaciones, reyertas y palizas, no vacilan en condenar esos entretenimientos y ejercicios corporales de modo terminante, sin preocuparse en lo más mínimo de sustituirlos por otros que sean más interesantes, más decentes y más entretenidos y divertidos.

Los que piensan que los pueblos pueden vivir contentos sin diversiones, se engañan lastimosamente; puesto que si ciertamente el pueblo no necesita espectáculos, cuando menos le es necesaria la diversión, a fin de no caer en el extremo peligroso de una perezosa inacción y triste silencio y a fin de evitar el tedio y la ociosidad, que también ocasionan no pocos males de gran transcendencia, no sólo al espíritu, sino al cuerpo de los seres racionales y por ende a la misma sociedad humana, al paso que el ejercicio constituye un sedante del sistema nervioso y es muy conveniente para gozar de buena salud con tal que sea moderado, como

lo es el que hace el luchador en la liza o en campo abierto lidiando cuerpo a cuerpo con otros, a distinción de algunos deportes violentos que, lejos de ser saludables, son peligrosos para el corazón y para todo el sistema circulatorio, y conducen rápidamente a la dilatación de los orificios y a las palpitaciones cardíacas.

Además, los espectadores, viendo correr y luchar, disfrutan por de pronto de gran placer y solaz, y a la vez respiran el aire puro del ambiente, que no tienen la fortuna de aspirar, quienes pasan horas enteras en el teatro o van al *cine*; la vista de cuyas películas debilita el sentido de la misma vista, y causa dolores de cabeza.

Como ya llevo dicho, dos finalidades tienen, pues, las romerías: una, promover entre los fieles las peregrinaciones por devoción a los santuarios vecinos, y otra, procurar a los romeros ocasiones de esparcimiento y de honesto recreo. Respecto del primer fin, justo es decir en elogio de los montañeses, que son numerosísimos los que van a postrarse de hinojos ante las imágenes de Nuestra Señora de los Remedios, de la Virgen del Camino y de la Virgen de la Velilla en sus respectivos santuarios, sin contar los que visitan otros santuarios de menos nombradía. Y por lo que atañe al fin profano, se viene

observando que las romerías no tienen ya tanto atractivo para los forasteros. Baste decir que la carrera casi está ya suprimida en muchas comarcas, y el baile típico y tradicional poco menos también, en tanto que la afición al *agarrao* sigue en aumento, a pesar de que nadie sabe bailarlo, y del horror que hacia él sienten los jóvenes serios y cultos que, no dejándose deslumbrar de engañosas apariencias y de vanas exterioridades, escogen para esposas, no las bailarinas, sino las honestas, piadosas y recatadas, a imitación de aquellos de quienes nos habla el Quijote:

Los andantes caballeros
y los que en las cortes andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

Por otra parte, se va echando de menos de año en año aquel interés que había a últimos del siglo pasado en celebrar las romerías, dado que los jóvenes no se ejercitan en la lid y carrera en los días precedentes a los de romería, como en los pasados tiempos, para averiguar quiénes eran los más hábiles y diestros que en la arena de la lucha pudiera competir con los campeones del bando contrario; ni encargan ya a las mozas la confección de grandes roscas o

bollos, que se habían de entregar como recompensa a los corredores y luchadores que triunfaran en la escena de lucimiento público, representada con motivo de la celebración de la fiesta de romería, siendo probable que dieran igualmente una parte al que saliera vencedor en el ejercicio del tiro de barra; por cuanto hasta no hace apenas un tercio de siglo, se oía al comenzar dichos juegos este pregón: A correr, luchar y tirar la barra; ni los que pensaban intervenir en la lidia de hombre a hombre, se hacían rogar, como ahora, para presentarse en la palestra o paraje público, donde se lucha, y que a veces se convierte en un verdadero campo de agramante; pero sin que por esto llegue la sangre al río, porque si en efecto, de vez en cuando soplan aires de fronda y los ánimos de los espectadores inesperada y súbitamente se exacerbaban en la duda de cuál de los combatientes sea el victorioso u obre más conforme con las leyes del juego, al momento se disipa la tempestad y vuelve a renacer la calma en todos los espíritus por temor a la Guardia civil, que con el fusil en la mano hace temblar al más matón y vuelve cuerdo al más majo.

Pero todo ello no quiere decir que dejen de existir pueblos en donde no se celebren actualmente con entusiasmo y regocijo tales entretenimientos.

En efecto; sabemos todavía de varios pueblos que proceden de este modo; y así nada tiene de particular que el corazón del espectador lata de entusiasmo, y que el público, mientras se verifica la lucha, permanezca mudo y silencioso con ansiedad febril e inquietud enorme hasta que al fin cae vencido uno de los luchadores; que se retira cabizbajo de la arena en medio del estupor y pánico de sus adictos, a quienes su derrota les sabe tan a marga que en muchos días no hay consuelo para ellos, al paso que el triunfo alcanzado en buena lid por el invencible campeón de la lucha colma de júbilo y de satisfacción a sus partidarios, los cuales hablan de él con elogio en los banquetes y en las conversaciones, como hablarían de Fleta si le oyeran cantar «Tosca» o «Rigoletto», y de María Guerrero si la vieran actuar en la escena, aparte de la admiración de que es objeto en la calle y en el plausible juego de bolos.

Cuando el paladín que obtuvo el laurel de la victoria es amigo de los mozos del pueblo, ésta es considerada por ellos como un timbre de gloria para sí mismos; y de aquí que le mimen, obsequien y agasajen, disputándose en los días de romería la preferencia de llevárselo a sus casas.

Como es de muchos sabido, con motivo de las romerías se suele rifar un pañuelo de seda u otro objeto de valor, destinando en los pueblos que conozco el producto íntegro para el culto de la Virgen; lo que es de alabar como es digna de aplauso la costumbre que tienen los mozos de ir de casa en casa, repartiendo papeletas y cobrando su importe, mostrando a todos el objeto que se ha de rifar para el indicado fin.

Es de costumbre también invitar y recibir a los parientes y amigos forasteros el día de romería, al objeto de que les acompañen a las horas de comer. En tal día suelen echar la casa por la ventana, matando casi todos una *machorra* (oveja o carnero) y haciendo otros gastos, que algunos, no concibo, cómo pueden soportar.

En suma, como las romerías no tienen, por lo que toca a la carrera y lucha nada de inmoral y proporcionan ratos de esparcimiento y alegría a los montañeses, debieran los ayuntamientos fomentar la afición a la lidia de hombre a hombre, y otras diversiones inocentes, oponiéndose a los enredos y trampas de los espíritus mezquinos, los cuales, tan pronto como se presente un luchador en el corro, arriman el ascua a su sardina y privan al público de la oportunidad de disfrutar de unos momentos de expansión.

Con todo, no apruebo en absoluto la lucha; mas si, como mal menor, por entender, aunque no sea muy digna del hombre, que dista mucho de los juegos circenses y del espectáculo de los gladiadores romanos en los que casi siempre había derramamiento de sangre con placer de los espectadores.

Cierto que los luchadores pueden fracturarse una pierna o lisiarse en algún otro miembro, pero esto hasta ahora se ha visto que sucede rarísima vez. Más daños, incomparablemente, más, aunque no se vean con los ojos corporales, sin los cuales hay quienes parece no ven más allá de los órganos externos del olfato, causan la embriaguez, la lujuria, las novelas, las películas obscenas y las danzas modernas por atentar contra la vida del espíritu, de naturaleza nobilísima e inmortal, a diferencia del cuerpo, que es polvo y lodo, siquiera sea organizado, arras-trándole al hombre esas cosas a la inmoralidad e impureza, que tienen más de brutales que las luchas, de que vengo hablando.

Por tanto, si condenáramos el uso de una cosa buena o indiferente, como es la lucha, porque puede dar lugar a ciertos abusos, por esto mismo tendríamos motivos para condenar el tren, el buque, el auto y el aereoplano, dado que muchos perecen viajando y navegando en estos vehículos y medios de locomoción terrestre, marítima y aérea, lo cual sería un disparate.

Relación sumaria de otras diferentes costumbres

Empezando a tratar de las que en esta parroquia de mi cargo se observan todavía, declaro que todos los días, al atardecer, toca un vecino una campanilla por las calles del pueblo, diciendo en algunos sitios: *Un Padre nuestro por las benditas ánimas*, a quienes dejó en tiempos ya lejanos una alma buena diferentes heredades, que lleva ese vecino, como remoto descendiente del que hizo piadoso legado.

El primer domingo de cada mes, y antes del *Asperges*, se viene haciendo desde tiempo inmemorial una procesión, durante la cual se lleva en andas la Virgen del Rosario, hasta fuera del pórtico del sagrado recinto, cantando el párroco el tierno himno del *Ave Maris Stella* entretanto.

Cuando fallece un feligrés, y estando *de cuerpo presente*, todo el pueblo, con el párroco a la cabeza, reza el rosario al oscurecer en la casa del duelo; costumbre que introdujo en esta piadosa parroquia D.^a María la Monja.

El rosario es acto seguido del toque de campana, concluyendo con la lectura en voz alta de

un capítulo de Kempis, sobre la vanidad del mundo o meditación de la muerte. ¿No se podría hacer igual en muchísimas otras partes? Ya lo creo; pero la pereza, la falta de celo, y de iniciativa...

En el momento solemne de alzar el Cáliz y la Hostia en la Santa Misa, dan tres y tres campanadas, respectivamente, en esta y en otras parroquias, por medio de una soga que desde el campanario llega al coro de la iglesia, a fin de que los que están fuera del templo, ya en sus casas, ya en el campo, adoren mentalmente el misterio de la divina Eucaristía. También se dan tres campanadas, cuando al terminar por la noche el rosario en la iglesia, se reza el *Angelus*.

Durante la Octava del Corpus en el Arciprestazgo de Argüellos guarda cada pueblo un día de fiesta, aparte del domingo, y en ese día, de infraoctava, hacen la procesión con el *Santísimo Sacramento* por las calles del pueblo que adornan con multitud de colchas de distintos colores y dos o tres altares. A la santa misa asisten dos o tres sacerdotes en algunos pueblos y en otros siete u ocho, pagando el estipendio y asistencia las juntas administrativas respectivas.

Todavía existen pueblos en donde, después de la misa parroquial de los días festivos, sale

el párroco al pórtico a rezar un responso en presencia de muchos ancianos que le guardan, y hay otros, como en los Argüellos, en los que el párroco y sacerdotes asistentes de regreso del funeral vuelven a la casa del duelo a recitar el *Memento* y varios *Padrenuestros* en sufragio del recién finado ante un crucifijo colocado sobre una mesa, y acompañados de la familia y amigos del difunto.

Es práctica comúnmente observada el cubrir la cara de los cadáveres difuntos, una vez amortajados, con la Bula de la Santa Cruzada, que en vida les perteneció y llevaba su nombre.

Además es raro el pueblo donde se haya extinguido la costumbre de pedir por las benditas *ánimas* al final de la misa de los domingos y días festivos en la siguiente forma: Poco después de la comunión del celebrante y de los fieles, un vecino, con la caja o cepillo de *ánimas* en la mano, se dirige particularmente a la parte de la iglesia que ocupan los hombres, y en alta voz les ruega den alguna pequeña moneda siquiera, diciendo: *haced bien por las benditas ánimas* o una limosna por las almas del Purgatorio.

Lo que es suficiente para que buen número de devotos de las benditas *ánimas*, no embarcante su pobreza, depositen su óbolo en el ce-

pillo; pues, en caso contrario, les parecería oír mediante la voz interior de la conciencia, que éstas les amonestaban severamente por el olvido en que las tenían, como lo fué un buen religioso que, teniendo el hábito de rezar esta corta oración: *Requiem aeternam dona eis Domine*, según refiere un grave autor, cuando pasaba por algún cementerio, como una vez se le olvidara rezarla, al pasar junto a él las ánimas de los allí sepultados, le reprendieron suave, pero eficazmente, echándole en cara aquellas palabras del salmo 128. «Y no dijeron los que pasaban: la bendición del Señor sobre vosotros»; que fué como decirle: ¡Y así te vas sin bendecirnos! de lo que admirado el religioso, cayó en la cuenta y les contestó con las palabras que siguen en el salmo: «Os bendecimos en el nombre del Señor».

De lo expuesto, pues, arriba y de la propensión que tienen los montañeses a ofrecer alguna limosna a las benditas ánimas, cuando pierden cosas y objetos materiales o cuando se encuentran en algún peligro, se infiere que es en ellos una costumbre muy arraigada el encomendarse a las ánimas y el hacer oración por ellas.

Por otra parte, es de notar que aún abundan los pueblos en donde ofrendan los domingos obladas, al ofertorio de la misa parroquial,

aunque en menor número y cantidad que hace medio siglo, sin contar el mollete que, al salir de misa, singularmente en varios de los pueblos del Concejo de Boñar y en los de Argüellos, subasta un vecino, que lo adjudica al mejor postor, al paso que en Vegamián lo entregan lo mismo que una jarra de vino, cada domingo, al cura párroco.

De modo que en esto de llevar los domingos pan a la iglesia y en los entierros vino, como hacían antes los fieles montañeses, seguían la costumbre practicada y observada en los primeros siglos de la Iglesia, según refiere entre otros, el Nacianzeno; dando seguramente origen esa práctica a la formación del ágape o convite de los pobres, del que es un vestigio la tradicional costumbre de distribuir a la salida de misa los domingos los *cachos* de pan entre los asistentes a ella.

A esto hay que añadir, que todavía al ofertorio de la misa de funeral gran número de mujeres de diversos pueblos, continúan observando la costumbre de presentarse ante el altar, con el fin de besar la mano o estola del sacerdote, rezando acto seguido un *Memento* el celebrante o el diácono asistente, quien en voz alta, como en Argüellos, recomienda a todos los fieles presentes reciten por caridad y con fervor la ora-

ción dominical en sufragio del alma del finado por quien se aplica el Santo Sacrificio; pero ya hace varios lustros que dejó de practicarse el uso de llevar a ofrecer en los días de entierro una jarra de vino y algunas oblatas de pan, y el de transportar los cadáveres a la Iglesia en andas en lugar del ataúd, que hoy se prepara para todos, a diferencia de tiempos aún no remotos, en que a muchos, por costumbre o por disposición testamentaria conducíaseles en las andas, que con destino a ese fin se guardaban en los templos. En cambio, subsiste todavía la costumbre de invitar a los forasteros, y en algunos pueblos de Argüellos, a todos los fieles de la parroquia del difunto, a una moderada refeción en la casa del duelo, al final de la cual es muy frecuente que se levante un anciano y rece con todos sus acompañantes repetidas veces la oración del *Paternoster* en sufragio del alma del finado en primer lugar, y en segundo, por las obligaciones de los presentes y las almas del Purgatorio en general.

Todas las familias tienen sitios determinados en el templo, que llaman sepulturas, en los cuales fueron enterrados algunos de sus antepasados, como venía ocurriendo hasta primeros del siglo pasado en numerosas iglesias.

El día de San Antonio Abad se entregan al mejor postor, a la salida de misa, las patas de

cerdo que dan todos los vecinos en muchísimos pueblos, juntamente con algunos celemines de legumbres o de cereales.

Más todavía; a San Antonio de Padua le honran y veneran todos los montañeses casi con preferencia a los demás santos, encomendándose a él al desaparecer o al perder algunas res de cualquier ganado que sea, de ordinario, mediante el rezo del responsorio. Si buscas milagros... prometiendo y ofreciéndole alguna cosa, como velas, y de vez en cuando mandando decir en su honor misas, sin ahora hablar de que en la generalidad de las iglesias dan al celebrante de la misa dominical un pequeño óbolo en metálico, cuando al final de la misa canta *Euge bone serye et fidelis*, etc. Estos óbolos o limosnas suelen llamarse vulgarmente *responsos*, lo mismo que los que *echan* los domingos al pasar el párroco al terminar la misa por ante las sepulturas, rezando el *Memento*, y días de entierro o funeral durante el canto del *Recorderis* en la casa mortuoria, en la calle, en el lugar de costumbre y en el cementerio, depositando por lo general en la mano del sacerdote, que en unos pueblos besan y en otros no, monedas de cinco y diez céntimos, o peras y manzanas, como ocurre en ciertos pueblos de Las Arrimadas, al rezar los responsos

el párroco ante las sepulturas de las iglesias los domingos, después de concluido el Santo Sacrificio del Altar.

Cuando nuestros padres veían que se avecinaba una nube preñada de relámpagos y truenos, acudían solícitos y presurosos a colocar un Crucifijo en alguna de las ventanas de sus habitaciones, y a Santa Bárbara, a quien invocaban como ahora, diciendo a vista del fulgor del relámpago que hería sus ojos: «Santa Bárbara bendita, líbranos de una centella.»

Antes, como ahora, no había pobre que no llamara a las puertas de las casas con la cristianísima exclamación: ¡*Ave María Purísima!* contestando los dueños, *Sin pecado concebida;* y no agrada a las gentes que llamen de otro modo, como tampoco les gusta que no pidan por *el amor de Dios* la limosna que raras veces dejan de dar, diciéndoles en caso negativo: *Dios le ampare.* Pero ahora apenas hay pobre que rece Padrenuestros después de llamar a las puertas, y vaya un día de labor a oír el Santo Sacrificio de la misa, como hacían pocos lustros ha.

Devociones populares de la Montaña

Bajo el título de «Devociones Populares», escribió un largo capítulo el autor del «Genio del Cristianismo», colocando entre las armonías morales del cristianismo en primer lugar las devociones populares, que en su sentir son ciertas creencias y ritos practicados por el vulgo, algunos aprobados por la Iglesia, y otros, ni reconocidos, ni absolutamente por ella prohibidos; creencias y ritos que se han practicado en su mayor parte en muchos pueblos de la montaña en donde se consideraba y se considera como una suerte de impiedad tocar al nido de una golondrina y al de la cigüeña que en Palazuelo de Boñar era objeto de especial predilección, puesto que había una especie de Cofradía que tenía algunas reses de ganado vacuno, llamadas de la cigüeña, a la que castigaban, si no llegaba al pueblo cierto día de antiguo determinado, sacrificándole una de ellas para ser consumida en un opíparo banquete.

Cuando se encontraba en un bosque o camino el cadáver de un hombre muerto repentina-

mente o por otra causa, se plantaba en aquel sitio una cruz en señal de misericordia, como pidiendo al samaritano o caminante una lágrima de compasión por aquel desgraciado. Todavía se ven varias, al borde de los caminos, recordando tan sensibles desgracias, y hay memoria de que había algunas cruces colocadas en las cimas de las colinas y montañas y en las encrucijadas de los caminos.

En las peregrinaciones al Cristo de Rucayo, a la Virgen de los Remedios y a la Virgen del Camino, particularmente, eran muchos los que iban con los pies *descalz*os para cumplir sus votos y reanimar su fervor y devoción.

Los ramos que se recibían el domingo, que nos recuerda la triunfante entrada de Jesucristo en Jerusalén, se guardaban cuidadosamente en las casas particulares para aplicarlos, si se creía necesario, a los animales enfermos.

Al tomar una copa de vino invitado por otro, se decía primeramente ¡Jesús!, y al encontrar a un viajero o transeunte por un camino le saludaban diciendo: ¡Dios le ayude!, ¡Dios le guarde! o ¡Vaya usted con Dios! Hoy solo decimos ¡adiós!

Siendo el que esto escribe adolescente, veía a muchos hacer la señal de la cruz y arrojar unas migajas de pan en las fuentes, en que ha-

bían de beber, musitando al mismo tiempo alguna cración ideada y aprendida en el hogar doméstico a fin de evitar el peligro supuesto de envenenamiento o de infección.

Sin hablar ahora de las ideas, recuerdos y sentimientos que en mil corazones diferentes suscitaban los expectros de la noche el suspiro del viento en el que se creía oír la voz de los difuntos, el tétrico canto de las aves nocturnas y el lúgubre tañido de las campanas, afirmo con Chateaubriand, que el pueblo es mucho más sabio que los filósofos, de suerte que para el hombre que tiene fe, la naturaleza es una constante maravilla, sucediendo que todas nuestras acciones están llenas de Dios, y que estamos continuamente rodeados de sus milagros. La falsa filosofía puede llenar sus páginas de palabras magnificas; pero dudamos que los desgraciados vayan jamás a colgar sus vestidos en sus templos.

El pueblo aquí, como en Francia, estaba persuadido de que nadie cometía una acción mala sin condenarse a ver en lo restante de su vida espantosas apariciones a su lado y de que si uno disfrutaba de bienes mal adquiridos, había hecho un pacto con el espíritu de las tinieblas y legado su alma a los infiernos.

Preciso es al hombre lo maravilloso, lo futuro y las esperanzas, porque se siente formado para vivir más allá de este mundo visible, hallándose expuesto a creerlo todo, cuando no cree nada, y a dar más créditos a los adivinos, que a Jesucristo, a las prácticas supersticiosas, que a las ceremonias religiosas; a los oráculos de una pitonisa que a las enseñanzas del evangelio; a los fenómenos del magnetismo, que a los milagros del cristianismo, hasta el punto de que son incontables los que entran más fácilmente en los antros de los espiritistas, que en los templos del Señor.

Costumbres genuinamente cristianas.—Tales son:

1.^a La de dar por lo general en la sagrada fuente bautismal a los recién nacidos los nombres de sus abuelos, que se immortalizan en ese renacimiento perpetuo, que el amor produce de raza en raza, vertiendo todos los que acompañaron al nuevo cristiano lágrimas de ternura y religión junto al lecho materno en fraternal banquete, al que asiste el párroco, durante el cual, mezclando los recuerdos pasados con las alegrías presentes, se cree reconocer al anciano en el recién nacido, que hace revivir su memoria.

2.^a Todavía al presente, en las aldeas acuden todos los habitantes al acto majestuoso y solemne de administrar el Sagrado Viático a los enfermos, al resplandor de cien cirios y en medio de una augusta y conmovedora ceremonia, poseídos de una especie de melancolía grave y severa y dominados de la más intensa emoción ante una escena tan imponente y enternecedora; y no son pocos los que van a visitar a los gravemente enfermos, y los que presencian el más hermoso espectáculo, como dice Chateaubriand, cual es la administración de la Extremaunción; empleo en que el Cristianismo despliega toda su sublimidad a la vista de ese sepulcro, silencioso pórtico de otro mundo, de aquellas regiones desconocidas, de que no se regresa, renovándose diariamente en el lecho de los cristianos moribundos aquella escena sublime que la antigüedad entera presentó solo una vez en el primero de sus filósofos, próximo a su fin, cuando los sacerdotes sentados a la cabecera de los enfermos les hablan de la inmortalidad del alma, y les consuelan diciéndoles que la religión que les meció en la cuna de la vida, acariciará con sus hermosos cantos y su mano maternal su sueño de muerte.

Una vez que el alma del moribundo voló a las regiones de la inmortalidad, se presentan

casi todos los moradores del pueblo en la casa del duelo a consolar a la afligida familia del difunto, ofreciéndose unos a hacer en su lugar todo lo que sea menester, y otros a permanecer a su lado hasta después de recibir el tinado cristiana sepultura; siendo acompañado a la última morada por todos los fieles de la parroquia y por muchos de los pueblos de las inmediaciones, que abandonan sus labores y faenas agrícolas, para asociarse al sentimiento general de la feligresía, a impulsos del terror religioso que en las pequeñas aldeas engendran el misterioso tañido de las campanas, el tono grave y melancólico de los cánticos sagrados y las severas e imponentes ceremonias de la iglesia.

3.^a Hasta fines del pasado siglo había costumbre de dar una botella de agua a todos los que comulgaban para que tomaran unos pequeños sorbos antes de regresar a sus casas a fin de alejar el peligro de arrojar con los esputos alguna partícula de las SS. Especies y la de besar la mano en el interior del templo los hijos a sus padres al ir a comulgar.

4.^a Las velas que llevan encendidas los fieles, cuando se administra el Santo Viático a los enfermos, las recoge y reparte en muchos lugares un vecino en la iglesia, delegado por el

pueblo, a quien pertenecen las velas destinadas a tan santo fin.

5.^a Todos los pueblos nombran por Año Nuevo a un vecino, que llaman mayordomo, el cual se encarga de llevar la cruz parroquial en las procesiones, hace de turiferario en las misas solemnes, encomienda a su consorte las operaciones del aseo y limpieza del templo y coloca el monumento el día de Jueves Santo en la iglesia, participando, como los cantores de las *Tinieblas* en tal día de la limonada con que el párroco les obsequia.

6.^a En honor de los nuevos presbíteros o misacantanos, suelen levantar los mozos y los vecinos *Mayos* o álamos muy altos, sin corteza en una o en varias de las calles del pueblo; al igual que cuando un cura toma posesión de una parroquia, con otros actos y signos reveladores de la elevada idea que tienen del sacerdocio católico, y es porque al sacerdote se le mira como lo que es: un intérprete entre Dios y los hombres, un personaje divino que pronuncia, como escribe Chateaubriand, palabras proféticas o entona himnos en las sagradas profundidades del tabernáculo, retirado de la familiaridad, dispuesto a hacer el bien a sus semejantes y alejado de las puertas de los magnates.

7.^a Hasta últimos del siglo pasado los padres y maestros ponían gran empeño en enseñar a los niños a cantar la misa, a rezar el rosario en voz alta en el templo, a recitar el *Via-Crucis* al que, dicho sea de paso, en Lodares asisten durante la cuaresma entera todos los fieles, como en día de fiesta a misa, y a guardar orden y silencio en la iglesia, especialmente cuando oían misa, siendo los primeros en concurrir al santo sacrificio los maestros, como, justo es proclamarlo, hacen hoy muchísimos y no les debe de pesar, porque si no procurarían inspirar a sus discípulos el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, ¿de qué les valdría a éstos saber leer, escribir y contar, si podían llegar a ser unos perdidos y tunantes, como son tantísimos otros que saben mucho de esas cosas?

8.^a Casi todos los vecinos llamaban antiguamente a los maestros algunos días discontinuos a comer a su casa, particularmente el día del sacrificio del cerdo, del cual le llevaban después unos selectos trozos.

9.^a El día de Todos los Santos, después del Rosario, a las tres de la tarde, se cantan los oficios, y a continuación van todos los fieles al Cementerio, donde cantan muchos responsos, dando todos muchas perras chicas al párroco.

Allí, a muchos se les ve verter copiosas y tier-nas lágrimas por sus deudos difuntos, pero no llevan coronas, ni otras zarandajas. Se recogen todos después, y acuden muchos al campanario a tocar a muerto hasta las doce de la noche.

10.^a Días antes de emigrar a América los montañeses, solían confesar y comulgar a ejem-plo de los que en el siglo pasado salían para Extremadura y Andalucía, como hacen aún los pastores de ciertos pueblos, cuales son, entre otros, los pastores de merinas del pueblo de Tejerina, flor y nata de la religiosidad leonesa, desarrollándose, al abandonar el terruño los que iban en busca del pan de la emigración, una escena parecida a la que a veces originan los entierros, por ser muchos los que, saliendo a despedirles a las afueras del pueblo, gemían y lloraban, temiendo no volver a verles jamás en esta vida.

11.^a Cada domingo lleva un vecino por turno la *Caridad*, o sea dos o tres libras de pan en pedacitos llamados *cachos*, y otras tan-tas en un solo trozo los de diferentes arcipres-tazgos para las *Animas*, y hay costumbre de pagar religiosamente la oferta anual, consisten-te en dar cada vecino hacia tres pesetas al pá-rroco, excepto en Lodaes y Utrero que le dan casi doble, entregándole una hemina de trigo; y

12.^a En todas las parroquias nombran anualmente dos jóvenes solteras, que se encargan de adornar las imágenes y altares de la Virgen; les da el nombre de mayordomas, teniendo además la obligación de salir a pedir por las casas del pueblo, dos o tres veces al año, limosna para sufragar los gastos del culto a la Virgen.

Otras costumbres y usos varios

A los curas por el Otoño les hacían el *acarreto* de leña ocho o diez vecinos con sus carros gratuitamente, y ellos les obsequiaban después con un banquete en sus casas por la noche, y le guardaban también la yegua al párroco, la cual podía ir a los mejores pastos con el ganado de labranza.

Por fin, además de las dichas, otras costumbres en diferentes concejos, cuales son: echar la robla, consistente en convidar el comprador o vendedor de ganado, después de consumado el contrato a los que intervienen en él; costumbre tan antigua que ya se halla mencionada en el título 25 de las Cortes de León (año de 1020);

llevar por turno de un pueblo a otro la *Vereda*; u orden de aviso emanada de la Alcaldía o presidencia del pueblo; citar bajo la multa de una o dos pesetas a los vecinos de casa en casa para que asistan a las hacenderas, después de las cuales acostumbran varias veces al año consumir un cántaro de vino en la casa de concejo; salir un vecino a pedir limosna por el pueblo en favor de los que a él llegan impedidos, como había antes costumbre de conducirlos en carro o caballería de un pueblo a otro; la de recoger por turno a todo pobre que llega a los pueblos, valiéndose, en frase del autor de *Recuerdos de Cariño*, del llamado *palo de los pobres*, como de billete de entrada para ser recibido en las casas particulares; y la de llamar a la vecería de novillos en Vegamián la *Morana*, los *Chinos* en Valdecastillo y en Valdeteja los *Bravos*.



ÍNDICE

	<u>Página</u>
Advertencia.	6
Descripción, Etimología	7
Montes y Peñas	8
Minas	10
Termas	11
Ríos y lagos.	12
Puertos pirenaicos	14
Vías de comunicación	14
Población	15
Clima y producciones	16
Agricultura	17
Paisajes	18
Asuntos históricos	20
Primeros pobladores de la Montaña	22
Cualidades características del pueblo Astur	24
Invasión de los árabes	26
Batalla de la Collada de Muertos	27
Vida de San Froilán.	30
Castillos	40
Monasterios montañeses	41
Los monasterios y la sociedad	46
Montañeses distinguidos	49
Cátedras de latín y humanidades	58

	<u>Página</u>
Ermitas	59
Inscripciones	60
Clases sociales, privilegios y foros	62
El cura y el aldeano.	63
Sencillez de vida y costumbres morigeradas de los montañeses.	68
La Montaña en los últimos tiempos	76
Asuntos varios.	85
Religión e instrucción de los montañeses	90
Los montañeses van por buen camino	94
Adhesión de los montañeses a la Religión.	101
Carácter y moralidad de los montañeses	103
Usos, costumbres y tradiciones de la Montaña de León	109
Las que observaban niños y jóvenes.	113
Costumbres de la mocedad.	116
Por Carnaval	118
El día de Reyes	121
Hilandorios.	123
La zagala de la Virgen.	128
Por la Cuaresma	135
Las bodas en las aldeas	141
Lo que se hace el domingo.	146
Romerías.	152
Relación sumaria de otras diferentes costumbres	161
Devociones populares de la Montaña	169
Costumbres y usos varios.	178



